

**“*KIRAUPEDA ICHIDU BIUSII*” SE ENOJÓ Y SE MATÓ SOLO:
MUERTE A MANO PROPIA EN LOS EMBERAS DE PUEBLO
RICO, RISARALDA**

ANGELA BIVIANA MONTES BOLÍVAR

Universidad de Caldas

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Maestría en Ciencias Sociales

Manizales, Colombia

2023

**“KIRAUPEDA ICHIDU BIUSII” SE ENOJÓ Y SE MATÓ
SOLO: MUERTE A MANO PROPIA EN LOS EMBERAS DE
PUEBLO RICO, RISARALDA**

ANGELA BIVIANA MONTES BOLÍVAR

**Tesis de Maestría para optar al título de:
Magister en Ciencias Sociales**

Director:

Ph.D.Luis Alberto Suarez Guava

Grupo de Investigación:

Comunicación, Cultura y Sociedad

Línea de Investigación:

Antropologías indígenas y campesinas de los Andes

Universidad de Caldas

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Maestría en Ciencias Sociales

Manizales, Colombia

2023

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi director de tesis Luis Alberto Suarez Guava y al grupo de tesistas y gente que investiga de la universidad de Caldas donde aprendí a narrar y a sentir más de cerca la etnografía.

A mi madre y a mi padre todo mi amor y agradecimiento por apoyarme en este difícil y arduo proceso de formación como persona, profesional y magíster. A mis amigos Embera de Pueblo Rico Risaralda por permitirme andar sus caminos y enseñarme a caminarlos. Al Resguardo Embera Katío Gitó Dokabú por confiar en mi palabra como asesora, aprendiendo juntos a tropezar, pararnos y trabajar por la Autonomía y la ejecución de sus propios proyectos. A todos aquellos que por medio de sus experiencias narradas pude acercarme a historias dolorosas sobre muerte a mano propia que nadie desea contar y recordar

RESUMEN

En las comunidades indígenas Embera del Departamento de Risaralda las alteraciones territoriales despiertan a '*Wawamia*' un espíritu que provoca en el cuerpo del paciente un malestar con estados de aburrimiento y deseos de matarse solo. Para estas comunidades la autolisis guarda una relación con la presencia de espíritus, envidias, maldiciones y conjuros. Según los Embera estos espíritus (*jais*) son enviados por un Jaibaná al ser contratado por un enemigo del enfermo y en otras ocasiones se contraen del monte. Una persona que se encuentra débil puede atraerlos e incorporarlos. Una vez el enfermo contrae '*jai wawamia*' o '*jai tontina*', piensa mal, se aburre, se atormenta, no quiere vivir más. Es necesario que la conciencia del paciente sea recuperada y restablecida por otro Jaibaná quien intentará lograrlo por medio de la ceremonia del '*benek'úa*' cuya finalidad será la curación del enfermo al devolverle su '*jaure*' o alma perdida en el mundo de las cuevas, restableciendo su sentido de vivir. Finalmente '*Wawamia*' continúa desatada en los territorios Embera y no ha nacido un Jaibaná que pueda detenerla.

Palabras clave: Muerte a mano propia, Embera, jai, Jaibanás, perspectiva indígena, enfermedad, curación.

ABSTRACT

In the Embera Indians of the Department of Risaralda, territorial disturbances awaken '*Wawamia*', a spirit that provokes in the patient's body a malaise that leads them to boredom and then to kill themselves. For these communities, autolysis is related to the presence of spirits, curses, envy and spells. According to the Embera Indians, these spirits or '*jais*' are sent by a Jaibaná when hired by an enemy of the sick person. In some occasions these '*jais*' are contracted from the mountains. A weak person can attract and incorporate them. Once the sick person contracts '*jai wawamia*' or '*jai tontina*', he thinks badly, gets bored, torments himself, and does not want to live anymore. It is necessary that the consciousness of the patient be recovered and restored by another Jaibaná who will try to achieve it by means of the ceremony of the '*benek'ua*'. Whose purpose will be the healing of the sick person by giving back his soul or '*jaure*', lost in the world of the caves, reestablishing his sense of living. Finally, '*Wawamia*' continues to be unleashed in the Embera territories and no Jaibaná has been born to stop it.

Keywords: Self-inflicted death, Embera, jai, Jaibanás, indigenous perspective, illness, healing.

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	3
RESUMEN	4
ABSTRACT.....	5
TABLA DE CONTENIDO.....	6
INDICE DE ILUSTRACIONES	7
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO 1. JAI TONTINA: SUICIDIO Y ABURRIMIENTO EMBERA	17
CAPÍTULO 2 FERNANDA LA WERA-FA O LA FALSA MUJER	34
CAPÍTULO 3 EL MATRIMONIO Y EL ARIBADÁ	44
CAPÍTULO 4 BERENICE Y EL NIOR MOKÍRA	55
CAPÍTULO 5 EL SECRETO DEL GOBERNADOR.....	63
CAPÍTULO 6. EL LLAMADO A SER JAIBANÁ.....	71
CAPÍTULO 7. ‘WARRA ICHI KOIDA BOBARY ABURRIBUKA’ (EL NIÑO QUE VIVE APARTE COMO ABURRIDO).....	92
CAPÍTULO 8. WAWAMIA CONTINÚA EN LOS TERRITORIOS	109
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	114

INDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1 . Jai Tontina.....	17
Ilustración 2 . Wera-Fa	34
Ilustración 3 . Embera Wera y nior mokira.....	55
Ilustración 4 . Luz Dary	63
Ilustración 5 . Ceremonia de Bene'kúa.....	71

INTRODUCCIÓN

Según Whitehead, A. N., & Lévi-Strauss, C. (2004) una sociedad se conforma no solo con semejantes sino con diferentes, águilas, tapires, determinadas especies vegetales o musgos. El perspectivismo interespecífico amerindio ofrecido por Viveiros de Castro (2010) permite acercarnos a las epistemologías de los mundos indígenas en tanto universos monistas que se componen por multiplicidad de puntos de vista que a su vez corresponden a seres vivientes, jaguares, sustancias, rocas, artefactos y cosas, asumiendo la cualidad de personas. Centros de intencionalidad enviados por un enemigo, hasta agentes subjetivos que se distinguen por su condición de predadores o presas (Rossi, M. J. 2020).

El perspectivismo y multinaturalismo se relacionan con una cualidad y perspectiva del pensamiento amerindio, concepción según la cual, el mundo está habitado por diferentes especies, sujetos, personas humanas y no humanas (Rossi, M. J. 2020) que se pueden metamorfosear en otros, cambiar de forma, invertir el sexo, asumir otras voces y adoptar multiplicidad de puntos de vista (Rossi, M. J. 2020).

Esto permite apuntar a que los humanos no son los únicos sujetos del universo que pueden adoptar formas de verse a sí mismos y a los demás, las diferentes cosas que hacen parte del universo están en capacidad de percibir al otro. Esto se observa en las maneras en que los animales depredadores y los espíritus ven a los humanos como animales de presa o los animales de presa ven a los humanos como espíritus y depredadores (Eduardo, V. D. C. 2010). Todos ellos envueltos por ropas o caparazones bajo los cuales se encuentra una forma humana oculta que es vista por su misma especie o entre los sabios tradicionales trans

específicos (Eduardo, V. D. C. 2010). Un ejemplo de esto último es la labor del médico tradicional ‘Jaibaná’ en los pueblos Emberas.

En las selvas de la cordillera Occidental colombiana cerca al Parque Nacional Natural Tatamá, existe en las comunidades indígenas nativas de ese lugar, un ‘*jai*’ o enfermedad que causa en las personas de cualquier edad, el deseo de quitarse la vida. Es un ‘*jai*’ o espíritu que en algunas partes es llamado ‘*jai* aburrición’, ‘*jai wawamia*’ o ‘*jai* tontina’. Estos se filtran por el monte, en los caminos y entre el agua de los ríos, pero otros son enviados por algún Jaibaná contratado para causar estos males. En las comunidades Emberas podemos observar una relación directa con los espíritus o ‘*jai*’ quienes habitan en todas las cosas y son benéficos y maléficos según las órdenes del Jaibaná (Castrillón, C. H. 2010). En la mitología de los pueblos Embera estos ‘*jai*’ afectan de manera directa a aquellas personas con espíritus débiles, estos intentan llevárselos al ‘mundo de abajo o mundo de las cuevas’ (*deakadebema*). Sitio ubicado bajo el nivel de la cultura humana donde habitan los seres sin ano, que no pueden cagar y tampoco comer. Esta imposibilidad es la causa de que estos seres de abajo envidien a los Emberas causándoles estos males (Ávila, S. A. 2014).

Además de las nociones utilizadas por los Embera sobre la enfermedad y la muerte que radican en un acto análogo a la cacería con fines alimenticios o defensivos, también, el indígena hiere y mata animales en defensa de la integridad física y mata individuos de especies que no le están haciendo daño directamente, por ejemplo venados, cerdos salvajes, aves, primates, etc. (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). Mas bien es el primero él que al cazarlos, perturba su existencia física desatando su ‘*jai*’ en el ambiente.

Estas presencias invisibles o *'jai'*, son animales de presa que atacan el alma, la hieren y devoran, tal como hacen los hombres cuando cazan. En los pueblos Embera la enfermedad y la muerte no siempre se debe a la mordedura de serpientes, la emboscada de tigres o por causas tangibles (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). Los Emberas temen que la persona muera o sea atacada y raptada para servir de presa o de cónyuge una vez sea llevada hacia el mundo de la gente animal. Los *'jai'* de animales que se meten en el cuerpo de la persona para atrapar su *'jaure'* o su alma, realizan ataques nombrados como *'Jai wamia'* de acuerdo al pensamiento Embera. (Roelens, T., & Bolaños, T. 1997). En este sentido, podría decirse que en estas comunidades la curación y la enfermedad son la expresión de un modo de conocimiento donde lo humano y lo sobrenatural no se encuentran separados (Avila, S. A. 2014).

Desde un principio médico fundamental se trabajará en comunidad para devolver la salud al enfermo por medio de los cantos del Jaibaná, intentando que el *'Jai'* que afecta al enfermo pierda la posesión del alma raptada (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014) y la conciencia del paciente sea devuelta y restablecida la armonía dentro de la comunidad. A través de la ceremonia del *'bene'kúa'* el Jaibaná tiene el objetivo y la intención de lograr la cura, traducido en la estructura según la cual los *'jai'* manejados por el Jaibaná son quienes cantan en él (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014), se encarnan en su cuerpo para hacer de este un instrumento musical de comunicación, de conocimiento y de curación (Londoño Fernández, M. E. 2000).

Desde el perspectivismo amerindio, Eduardo Viveiros de Castro (2010) ofrece un método que permite acercarnos al acto suicida Embera desde adentro y precisamente es el

Método de la Equivocación Controlada. Este es un camino que nos guía hacia una descripción antropológica de los mundos indígenas que postulan diferencias epistémicas y nos permite pensar estrategias de descripción que dan cuenta de una manera más cercana a los diferentes modos de existencia de las gentes. Según esta postura el perspectivismo no es tanto una ontología amerindia, más bien, es un modo específico de describir antropologías amerindias (de Castro Eduardo, V. 2010).

El empleo del Método de la Equivocación Controlada con los Emberás de Pueblo Rico nos permite entender la comunicación trans-especie de los indígenas, donde personas humanas y no humanas comparten una sola cultura, un modo de poner de manifiesto el equívoco territorio de la traducción intercultural (de Castro Eduardo, V. 2010). De aquí que, traducir es suponer que siempre existe un equívoco, al entablar una comunicación por medio de las diferencias, sin silenciar al otro presumiendo una univocidad o similitud esencial entre el otro y lo que el etnógrafo está diciendo (Bonelli Iglesias, C. 2015).

Esta investigación surge a partir de la búsqueda del porqué sucede de manera recurrente la muerte a mano propia en las comunidades Emberas de Pueblo Rico, Risaralda. Hemos indagado este fenómeno desde las propias comunidades por medio de historias de vida que han marcado los transcurros familiares y grupales de las comunidades, aunado a las fuerzas jaibanísticas, las curaciones y los casos fallidos de aquellos que no se pudieron curar o sanar con el ritual de la chicha cantada o '*bene'kua*'.

Teniendo en cuenta que en el encuentro etnográfico entre antropólogos y nativos no necesariamente se puede hablar de las mismas cosas en los mismos términos, traducir

supondría permitir que sean expresadas de manera natural otros modos de existencia posibles, sin ser difuminados bajo grandes explicaciones que reducen los conocimientos a versiones cercanas a las formas de existir del etnógrafo (de Castro Eduardo, V. 2010). Aceptar la oportunidad de pensar de otro modo sensible a la creatividad y a la reflexividad inherentes a la vida de todo colectivo, humano y no humano (de Castro Eduardo, V. 2010).

Así el mundo de los *'jai'* entre los Emberás, con los Jaibaná como contenedores de los mismos, se abre para ellos desde lo corporal porque los sienten, los perciben, los adquieren, los intercambian y los compran, son reales. Para Vasco, L. G. (1990) las historias sobre los Jaibanás son verdaderas y hay que creerlas en vez de pensar que es el etnógrafo quien da su interpretación. Para estas comunidades toda cosa tiene jai, no solo las personas; las plantas, los animales, los fenómenos naturales e incluso los objetos, aun aquellos artefactos fabricados por el hombre tienen su *'jai'*. Algunas veces las cosas pierden el *'jai'* y dejan de ser lo que son. El *'jai'* es para los Emberas la esencia de las cosas y lo que les da vida.

En la presente tesis de grado como Magister en Ciencias Sociales comparto seis cuentos e historias de vida, relacionadas con la muerte a mano propia en los indígenas Emberá de Pueblo Rico Risaralda, contadas por ellos y que permiten acercarnos a sus propias perspectivas y experiencias vividas. Los nombres están alterados para proteger la identidad de los protagonistas, pero permanecen los de las comunidades donde ocurrieron los hechos y habitan algunos de los personajes.

El primer cuento se titula *Jai Tontina*: suicidio y aburrimiento Embera, en esta historia tres hermanos indígenas Embera Katio se debaten entre la vida y la muerte de maneras distintas. Mientras el primogénito es víctima de una enfermedad tuberculosa que lo tuvo en los huesos y debió permanecer un largo periodo en un hospital lejos de su tambo, logrando vencer la muerte. Un segundo hermano es presa de un mal pensamiento o ‘*jai tontina*’ que lo lleva a cometer muerte a mano propia en un estado de embriaguez. Por último, el hermano menor llevado por el aburrimiento en medio de una borrachera toma la decisión de tirarse por el cañón del río Dokabú. La experiencia desde el punto de vista de uno de ellos, permite conversar con el hecho de que “no existe un mundo único, estamos en un haz de efectos y capacidades particulares que simultáneamente captan dicha multiplicidad” (Castro, E.V.D, 2010).

En un segundo cuento titulado *Fernanda la Wera-Fa* o la falsa mujer, una indígena Embera trans no tuvo la suerte de tener una familia y una comunidad que aceptara su forma de ser. Su madre Cenovia fue la única a su defensa cuando se encontraba en problemas. Incluso salva su vida enviándola desde el resguardo Gitó Dokabú en Santa Cecilia, hasta Santuario Risaralda, para que comenzara una nueva vida luego de ser agredida a muerte por la misma familia. Fernando en el trance doloroso que sentía por los fuertes golpes dejados por su padre y hermanos pudo cambiar la forma corporal que lo tenía encerrado desde niño. Una vez Fernando sube a la flota occidental de Santa Cecilia ya no hay normas que detengan o magneticen su metamorfosis, su cuerpo actúa como un agente que se rehúsa a lo convencional (Rossi, M. J. 2020) y empieza a transformarse. Así Fernanda la falsa mujer perforó en su comunidad lo que parecía uniforme (Rossi, M. J. 2020) y comenzó en otro

lugar para posteriormente ser devorada por un guayabo de amor que la llevaría a tomar una mala decisión.

Como tercer cuento tenemos el Matrimonio y el *Aribadá*. En ocasiones en los Embera puede suceder,

la transformación de una persona después de muerto en un híbrido entre tigre y hombre. Esta mutación es propiciada por los jaibanás mediante la ingestión de plantas mágicas bien sea para él transformarse *post mortem* él o la persona que él escoja. El *aribada* es una fiera en extremo peligrosa, devora tanto a los animales domésticos como a las personas. Para evitar que alguien sufra esta transformación hay que clavar al cadáver por el pecho con un chuzo de chonta al fondo de la sepultura. (Pardo, M., 2020, pp 67-68)

Después de la celebración de un matrimonio, beber cerveza, chicha, viche, whisky y guarapo se presenta una tragedia familiar. Un primo cercano a la novia es encontrado bajando con la corriente del río sin señales de vida y totalmente transformado. Su cuerpo rígido y verdoso como el de un animal, no permitió ser reconocido más que por unos tatuajes desteñidos que tenía en su cuerpo. Un encuentro cercano con un '*Aribadá*' lo dejó encantado y lo hizo sucumbir ante su llamado.

Berenice y el Nior mokira es una cuarta historia que nos habla sobre la prohibición de un amor entre una mujer indígena y un hombre negro. Hecho que provoca en el resguardo Embera Katio una tragedia familiar. Los efectos de los somníferos dados por la madre y la abuela a Berenice por varios meses la alejaron de su enamorado. Fue necesario que ella

despertara para aprender a simular que seguía el tratamiento, recuperar poco a poco su voluntad y poder reunirse con su amor a escondidas. Por si fuera poco, su cuerpo es presa del *'jai wamia'* un espíritu que domina su voluntad, enviado por un Jaibaná para restablecer el orden y las normas de endogamia dentro del territorio.

El secreto del gobernador, quinto relato, hace referencia al momento cuando alguien aparentemente feliz, tiene aburrición. Un amor imposible, provoca en un reconocido líder y gobernador una actitud desconocida en él y en su familia. Dicen los Embera que, si no se le vigila a la persona afectada durante el tiempo en que sufre el mal de la aburrición, puede matarse al correr hacia la selva; corre porque el espíritu le muestra un camino hermoso, adornado de flores, pero el enloquecido no nota que ese camino no existe, avanza por entre la maleza y, en consecuencia, se hace daño (Ávila, S. A. 2014) tal como le pasó al gobernador.

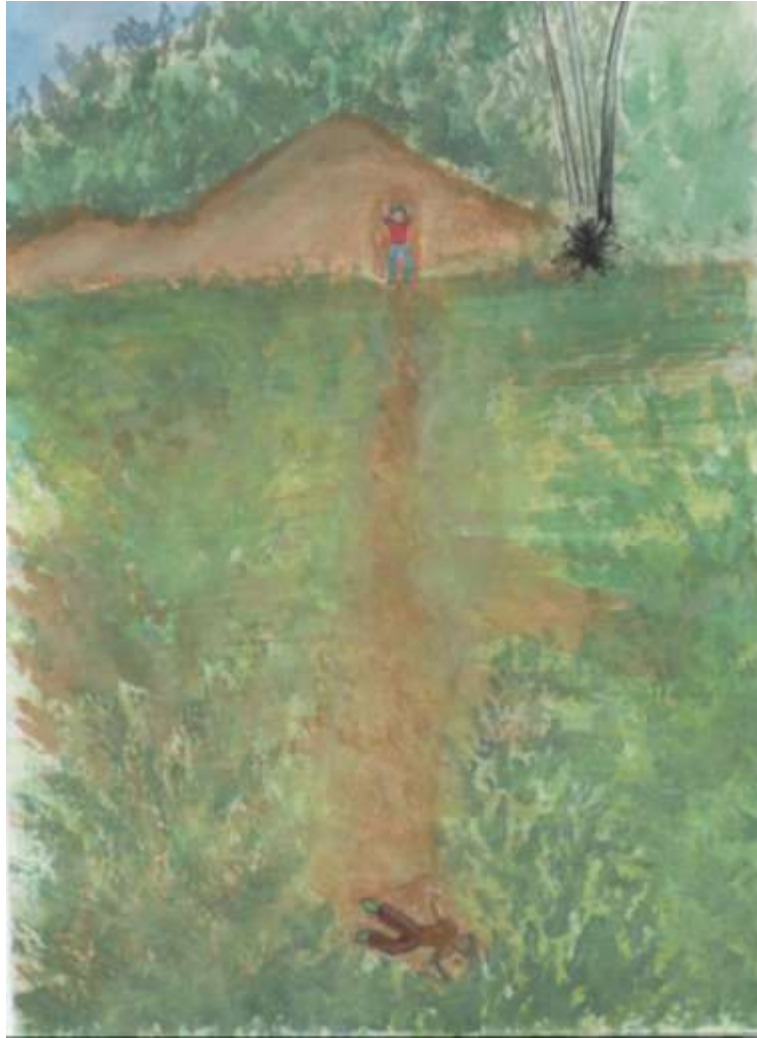
El llamado a ser Jaibaná, es una sexta historia que nos habla sobre la guerra iniciada por un Jaibaná solitario contra las enfermedades de *'Jaibaná jai'* enviadas de manera irresponsable por varios Jaibanás contrincantes. Con el interés de imponer el poder en un territorio se desencadena un conflicto que duraría meses mientras el Jaibaná Gustavo se resista a ser devorado por sus enemigos. Entre un desafío de honor por defender su pueblo y por medio del ritual de la *'chicha cantada o Bene'kúa'*, Gustavito manipula su entorno para tener el poder de sanar la enfermedad provocada por el *'jai wamia'* o *'jai tontina'*. Pero, su éxito rotundo, su buena voluntad y los pocos años de experiencia como Jaibaná por llamado, son una amenaza para sus colegas quienes se han empeñado en ponerle trabas a su trabajo jaibanístico, quitándole sus poderes y posteriormente llevándolo a tomar una dura decisión.

La única salida será perder su cuerpo material de Jaibaná para metamorfosearse en un árbol de *'Jenené'* contenedor de pueblitos de *'jai'* o espíritus y desde donde esperará que su hijo Jaibaná por Herencia, pueda tomar venganza.

'Warra koida bobary ichi aburribuka' o el niño que vive aparte como aburrido, es la última historia donde Breiner un niño indígena se encuentra con algunas realidades que no lo hacen feliz. Por un lado, su padre comete actos incestuosos con su hermana y esté se entera debido a la malicia y morbo del progenitor al mirar a su hermana Juliana. Aunado a eso su hermano Mario fue llevado una noche por un grupo revolucionario y no pudo regresar al tambo. El maltrato observado en el hogar por parte del padre enseñó a Breiner malas reacciones con sus compañeros y profesores. La decisión tomada una tarde por el joven afectará de manera drástica la familia y en especial la salud de su madre provocándole su castigo y el éxodo de la comunidad.

CAPÍTULO 1. JAI TONTINA: SUICIDIO Y ABURRIMIENTO EMBERA

Ilustración 1. Jai Tontina.



Fuente: Daniel Montes Bolívar

Después de casi cuatro meses en el hospital San Jorge de Pereira, a causa de una enfermedad respiratoria, José Luis regresa a su resguardo. Flaco como perro de indio, arrastrando los pasos y respirando a gatas el verdadero aire limpio del monte. Al principio en el hospital le pareció como estar en una jaula de gallinas. Extrañaba la libertad del resguardo

donde se podía desplazar todos los días por montañas, bosques y ríos. Recuerda que aparte de extrañar su casa, fue la comida de los *'Kapunías'* (no indígenas/blancos) la que lo hizo aburrir. Todos los días era ensalada como si fuera conejo, sopas malucas y espesas que el emberita no está acostumbrado a tomar. ¡Qué rico comer comida que hace Eunice! Pensaba José- Hace mucha falta el *'Bidika'* (helecho silvestre preparado con guisantes), el *'ikade'* (ñame), el *'fo'* (bebida tradicional a base de maíz pira), 'la boya' (amasijo de plátano o primitivo en forma redonda), la carne de tapir con ají crudo y comer en el piso con todos los niños... Mientras imaginaba eso, se le hacía la boca agua de las ganas.

Para sacar a José de la comunidad el día que estaba muriendo de fiebre fue necesaria la ayuda de las hermanitas de la comunidad de Santa Teresa. Ellas vieron en José un apoyo a las labores duras que mujeres robustas no pueden hacer, como montar la remesa a la mula los sábados cuando llegan del corregimiento de Santa Cecilia o cuando tienen que arreglar el techo por alguna gotera, pintar o hacer mandados a Pereira, Medellín y a Chocó a comprar diferentes materiales de la tienda. Las monjitas les venden a los indígenas accesorios, telas, cintas, franjas, broches, nailon, chaquiras, gaseosas, fotocopias, galletas, dulces, botones, granos y minutos.

Las hermanas Laura llegaron a la vereda de Santa Teresa enviadas como guardianas de las comunidades conflictivas indígenas para que se desvanecieran los problemas con rosarios y misas de diez de la mañana todos los días hasta que la comunidad cogiera juicio. Allí hicieron su capilla y se han desplazado de manera itinerante con las tareas encomendadas desde el departamento de Antioquia de acuerdo a los informes de misión y los conflictos dentro de las comunidades. Por el tiempo que José tuvo su primer hijo con Eunice a los

dieciséis años, las hermanas decidieron apoyarlo dándole trabajo de vez en cuando para que la joven pareja pudiese avanzar en sus responsabilidades. La honradez de José y su lealtad en las misas y favores pedidos por las hermanas, hicieron que poco a poco se ganará su confianza y según ellas, lo quieran como a un hijo.

Ese día que José estaba tan grave e inconsciente, las monjas llamaron a un médico amigo suyo del hospital San Jorge de Pereira y en unas horas la ambulancia estaba recogiendo al enfermo en la vereda Dokabú. Debía aguantar cinco horas más de ida hasta el hospital en la capital de Risaralda. Cuentan que él subió por varias oportunidades desde su casa ubicada en el resguardo Embera Katío Gitó Dokabú hasta al hospital de Pueblo Rico a ser revisado. Lo hizo después de verse varios días mal y no ser capaz de levantarse, tenía mucha tos, le dolía el corazón, el pecho, fiebres altas. Además, bajó de peso considerablemente. Se le caían los pantalones y le tocó conseguir correa para sostenerlos.

Con una semana de interno, José Luis estuvo a punto de devolverse del hospital San Jorge, pero logró entender que estaba entre la vida y la muerte por la debilidad que sentía en su cuerpo. Ya había asistido al médico tradicional de la familia y pagado trescientos mil pesos para ser sanado con un ‘canto’ (forma de sanar del Jaibaná) que contrarrestara las dolencias, pero muy sabiamente se le informó que el sangrado por la boca y demás síntomas no era ‘jai de indio’ (enfermedad de indio) ni ‘*Jaibaná jai*’ (enfermedad puesta por un Jaibaná) ni tampoco enfermedad de ‘*kapunía Jai*’ (enfermedad de blanco) (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014), y en ese caso el Jaibaná no podría curarlo. Por otro lado, si se regresaba al resguardo se perdería la oportunidad de hacerse el tratamiento cuando salieran los resultados médicos del hospital y salir de esa penosa situación.

A pesar de permanecer en una camilla de urgencias alrededor de quince días en unas condiciones inhumanas, José se tranquilizó, dejó la preguntadera a los médicos y la insultadera en lengua propia. Supo que era necesario comer todo lo que le dieran sin rechistar, dejarse aplicar las inyecciones, estar tranquilo en los exámenes y así con un buen comportamiento y el cuidado de los médicos amigos de las hermanas Laura, poder regresar a su tambo (vivienda indígena) aliviado.

Ya llevaba tres meses y medio en el hospital pensaba José Luis, mirándose los huesos a flor de piel mientras observaba al mismo tiempo por la ventana de la habitación aquella mole de cemento. Extrañaba a su familia, la casa de esterillas, las gallinas, el sonido de los grillos por la noche, ir al monte a sembrar plátano primitivo, pescar y cazar. Se soñaba todas las noches en las montañas haciendo lo que no podía hacer despierto. Por lo menos ya no se iba a morir en su comunidad abandonado en su choza sin saber cómo curarse. Por ahora le había huido a la muerte.

Aunque en algún momento de la enfermedad pensó en irse para Putumayo en búsqueda de un médico tradicional conocido en el mundo indígena por ser efectivo para las enfermedades desconocidas, no tuvo alientos para seguir la idea ni el camino, considerando que viajar en bus desde la ciudad de Pereira hasta la casa del Sanador en Sibundoy tardaría alrededor de veinte horas. Aunado a esto, el desaliento y un estado inicial de desnutrición anunciado por los médicos le hicieron abandonar esa opción. Finalmente, José fue diagnosticado como portador de la bacteria de la tuberculosis y estaban comprometidos sus pulmones, razón por la cual le dolía al respirar y toser.

Después de los resultados, José sabía su diagnóstico y no quería morir por nada del mundo. Sabía además que podía sanarse o al menos mantenerse vivo si seguía siendo atendido en el hospital por *'kapunias'* (blancos libres). Con los recuerdos de sus cinco hijos pudo apaciguar las noches en que no podía dormir y se mantuvo lúcido en las terribles fiebres de tuberculoso, donde el delirio le hacía entrecruzar la realidad y la pesadilla. Antes de cumplir cuatro meses internado, por fin los médicos le dijeron a José que podía regresar a su casa. Siempre y cuando asistiera a los controles mensuales y se tomara el tratamiento con antibióticos durante doce meses seguidos. Debería descansar dos meses y continuar por otros doce meses más y así por algún tiempo. Al enfermo se le hizo necesario seguir los requisitos de las fórmulas enviadas por los especialistas mientras los síntomas poco a poco fueran desapareciendo. Las recomendaciones por parte de amigos hechos en el hospital y personal médico le sobraron al nuevo José, ahora ya no podía tomar *'itua'* (licor tradicional) y ponerse borracho. Tenía que cuidarse, tener plato aparte y cuchara, tomar las pastillas y aferrarse a la vida.

A él solo se le pasaba por la cabeza el recuerdo de sus hijos y de su esposa Eunice. Hablaba con ellos por teléfono, pero últimamente Eunice no lo volvió a llamar y había perdido todo contacto con ella. Trató de comunicarse incluso por medio del celular del gobernador, pero no lo logró y estuvo llamando a algunos primos quienes lo dejaban esperando al teléfono y colgaban por la mala señal.

Eunice no sabía que a José le darían de alta y que no tenía los recursos para regresar al resguardo. A José Luis le tocó duro el regreso a su territorio. Ese día de la salida del hospital a finales de abril del año dos mil veintiuno, el hombre se montó en un bus naranja,

ruta que por suerte pasaba por el hospital San Jorge y lo dejó en el centro de la Virginia, después se fue caminando hasta el tanque de agua de las empresas públicas a las afueras del pueblo. Luego anduvo hasta donde empieza la glorieta que conduce hasta Apía, Pueblo Rico, Santa Cecilia y Chocó y que sirve para unir el occidente de Risaralda, Caldas, el Valle del Cauca, Pasto, Bogotá y Medellín.

José tenía que esperar el bus de la Flota Occidental para pedir que lo llevarán a mitad de precio hasta Apía donde se encontraría con el primo Ramiro, recolector de café en ese municipio., que lo bajaría hasta el resguardo en moto en tres horas o cuatro de acuerdo a los pare y siga, y lo descargaría en las tiendas de la vereda Agüita.

Corporalmente se sentía todavía muy desalentado para subir caminando, llegaría por lo menos en dos horas a paso lento desde la vereda Agüita donde lo dejó su primo, hasta la vereda de Santa Teresa. La costumbre del Embera es caminar y a José no le importó hacerlo a pesar de las condiciones en que se encontraba. Parecía una calavera andante, se sentía muy feo y peludo: con un bigote con cuatro pelos largos. Descansó al volver a su tierra, hasta se pegó una lloradita subiendo el principio del camino preguntándose por qué le había dado esa enfermedad y qué Jaibaná se la había enviado por maldad. Le sorprendió que algunas personas por el camino no lo identificaran.

Llegando a la vereda Santa Teresa, ya casi al atardecer, alcanzó a divisar a lo lejos abajo en el cañón del río Dokabú el cuerpo de su hermano pequeño. Él le dice pequeño, aunque ya tenga más de diecisiete años, porque fue el último que tuvo su madre en el matrimonio anterior. El enfermo no sabía qué hacer y miró varias veces para saber si en

efecto era su hermano. Lo reconoció por unos tenis que llevaba puestos con colores verde viche que compró en diciembre del dos mil veinte con el trabajo de un mes en Santuario Risaralda recolectando café. En los resguardos cuando algún muchacho desea comprarse un celular, unos tenis, una moto o tienen problemas en las comunidades se van a los municipios de Santuario o Apía, en Risaralda, a recolectar café. Parece que es una de las salidas a las necesidades que tienen los jóvenes indígenas de Pueblo Rico para no ir muy lejos de su adorado cerro Tatamá y sentirse como en casa. En esa ocasión Oscar tuvo un propósito y fue comprarse unos tenis Nike de colores, para que le brillaran en las fiestas con las luces.

Era su hermano, José estaba seguro de eso, pero su cuerpo enfermo no le daba para bajar a mirarlo hasta el cañón del río. Ni tampoco le daba para llamar a gritos a su comunidad. Se encontraba en la mitad del camino donde solo se veían árboles. No vio de otra que seguir adelante a lo que más daban sus pies y llorando ahora sí con todas las ganas por ver a su hermano allá tirado, sin vida.

Subió en un solo alarido como un muerto viviente a Santa Teresa. La gente logró asustarse por tan misteriosa llegada y en un solo grito entendían que decía ¡Oscar!, ¡Oscar! todos sabían de qué se trataba, pero nadie le puso cuidado. Algunos se fueron a sus casas. Eunice y los niños salieron a recibirlo y a ver lo que quedaba del padre. La pérdida de peso hizo que los niños no lo reconocieran. Ese día, por la felicidad de ver a su familia de nuevo, José olvidó por un momento el cuerpo de su hermano.

A Eunice le tocó pagar cinco mil pesos a cada uno de los tres guardias primos suyos, para que sacaran el cuñado de allá del cañón. Los guardias se fueron tranquilos y tarde como

a las diez de la noche llegaron con el supuesto muerto arrastrándolo y trastabillando con la ropa vomitada de tragos de varias noches seguidas. Ya la comunidad sabía que estaba vivo porque la guardia indígena y los niños habían bajado a revisarlo mucho antes de que pasara José Luis, pero lo dejaron allá por castigo.

Dicen las personas que estaban con el borracho que antes del amanecer se había puesto bravo y se había enojado solo. Cuentan que salió corriendo por el camino como un loco amenazando que se iba a matar. Pero pocos le prestaron atención. En un descuido salió rápidamente de la carretera para abajo, hacia el monte. Luego se tiró por el barranco derecho al cañón, por donde anteriormente la gente aburrada se tiraba o era empujada por sus enemigos de manera sorpresiva. Por ahí mismo, años atrás su tío un gobernador, había perdido la vida a mano propia. Muy pocos lograrían salvarse de esa caída. Por suerte, esta vez solo se ocasionó rasguños, chuzones, una que otra raspadura en los brazos, un zapato dañado y un dolor de cabeza de un día.

José Luis explica lo siguiente:

Acá la gente de este lao de las vereas lo que son Santa Teresa, Kémberde y Mentúara, mantiene con flojera, con jai de tontina dicen, que les da eso. No quieren hacer naa la persona. Son desalentaos los que tienen eso, como con dolor de cabeza, so dicen los que saben acá, los ancianos. Que porque el territorio está enfermo y los jóvenes son débiles y los jais malos causan eso. Antes se hacían 'benek' uas' pa' sanar, pa' limpiar tierra y sacar cosas malas eso me cuenta mi tío el profesor. Pero ya poco hacemos ese ritual, porque los Jaibanás han disminuido en las comunidades. Eso

dicen los ancianos que es flojera que los hace sentir aburríos y les da 'kiraupeda Ichidu biusii' (enojado murió solo), o 'jau kirausi istu betasii' (se enojó y se mató solo) por cualquier cosita se enojan y se hacen eso. Se matan solos. No soportan un problema, son flojos.

A mí también me pasó eso, ya va ser un año con mi otro hermano Albeiro, cuenta José Luis.

Toos los diciembres la fiesta es muy buena. A la gente le gusta la navidad y dar regalos. El año pasao todos estábamos contentos, hicimos sancocho, matamos marrano, comimos callina y tomamo 'itua' (viche), así como dos noche o tres, amanecidos ya de varios días tomando. Estáamos biukobesi (borrachos) contentos estrenando tambo comunitario que estaba nuevo, hehecito de unos días nomás. La música la tenían duro por toas partes, por eso no escuchamos gritos de nada. Ese era fin de semana que tomamos de seguido como un domingo era eso o lunes. Un niño que estaba jugando por la escuela fue el que lo vio, temprano por la mañana. Eso salió como si lo hubiera picao culebra, chillando a avisar a toos...ay dios mío, a mí me dolió mucho ver a mi hermano ahí colgao. Él cantaba música y tenía muchos sueños, yo no sé por qué se pasaría eso, no hubo pelea, nada, yo hasta todavía recuerdo a mi hermano, por eso no me gusta venir acá Kémberde, eso trae malos recuerdos de mi hermano este colegio ...

Por esos días de la muerte del hermano de José, su madre había conseguido otro esposo. Era fin de año del dos mil dieciocho, tiempo en el que se puso la vida complicada

para todos. Los dos hermanos de José y sus esposas con los niños debían pagarle a la nueva pareja una suma alta al mes por vivir en la misma casa. En el resguardo las familias extensas viven temporalmente en la casa grande de los abuelos y de forma comunitaria resuelven el día a día. El Embera no solo tiene una casa. De acuerdo a los cultivos que tenga en la montaña se hacen diferentes chozas o tambos de gran o simple elaboración dependiendo del tiempo que deseen quedarse en ese lugar trabajándolo.

En ese año del dos mil dieciocho, José Luis se encontraba de miliciano en el Caquetá. Comenta que fue por una mujer que tomó la decisión de coger las armas. Ella era una indígena Embera Katio del Chocó amiga de la niñez, quien se había ido para el Caquetá con sus padres algunos años atrás. Había perdido sus raíces y andaba metida de miliciana en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. De acuerdo a las fotos que José tenía guardadas en un libro escondido a los ojos de Eunice, la figura de su segundo amor se acercaba a la de una indígena de ciudad con pantalón de jean y tenis a la moda. Sin duda eso fue lo que le gusto a José. Una indígena de la ciudad que había pasado por la universidad y venía a enseñarle ideales de guerra que le entraron derecho por el oído hasta el corazón para motivarlo a viajar hasta el departamento del Caquetá y dejar a su familia. En ese sentido Eunice era muy diferente ya que a duras penas hablaba el español y de acuerdo a su cultura debía obedecer todo lo que dijera su esposo sin objeción.

José Luis no sabía cómo era un ‘AK-47’ (fusil) ni cómo desarmarlo. Cuenta que una de las mentiras que tuvo que decir para que lo aceptaran entre los compañeros fue inventar que ya tenía experiencia de soldado con el ejército del batallón San Mateo de Pereira en la zona del Pacífico chocoano, y así nunca lo molestaron. Tal vez por el ojo con ‘pterigión’ (una

carneidad en la parte blanca del ojo derecho) y un lunar café en el mismo que le daban un toque de indio gatillero o peligroso. Además, las cicatrices de una niñez en el campo y unos cuantos tatuajes indescifrables en el mentón, hicieron parecer que José era una persona experimentada en la guerra. Y se salvó de ser burlado por bisoño.

Pero allá le tocó aprender a la fuerza. El entrenamiento riguroso por seis meses en un campamento de curso político militar, metieron en la cabeza de José más que motivos para continuar. De vez en cuando llamaba a su comunidad para saber cómo estaban y preguntaba por Eunice a sus cuñadas quienes eran amigas constantes de lavado de ropa en el río, lugar donde las *'Weraras'* (mujeres) se cuentan las penas y alegrías mientras lavan, se bañan con los niños y recogen el agua para cocinar.

Después de mucho trajinar por el río Yari, la Serranía del Chiribiquete, El Chaira, Puerto Huitoto, Solano y vivir varios acontecimientos malucos con las armas relacionados con la muerte, una decepción amorosa con su segundo amor y tener una pelea con un compañero de campamento, José deseó volver al resguardo. No lo pensó dos veces y se largó. Había guardado unos ahorros durante los últimos tres meses que le alcanzarían para comprar regalos y pagar el pasaje hasta el puente la Unión en el río San Juan, departamento de Risaralda.

* * *

Un mes antes trató de ayudar a sus hermanos con algo de dinero para que le pagaran a su *'nawe dana'* (mamá) la estadía en su propia casa y se solucionara temporalmente esa dificultad. Pero José tenía sus propios problemas personales con Eunice. Ella tendría que

perdonarlo y por parte suya permanecer a su lado para siempre. Ya no volvería a abandonarla ni a ella, ni a los ‘warraras’ (niños). José llegó al resguardo a principios de diciembre del año dos mil dieciocho y trajo muchos regalos.

A pesar de eso, Eunice ya había llamado a la guardia del Alto Andagüeda para que vinieran a solucionar el problema de la pareja y obligarán a José a estar con ella y respondiera por los hijos a quienes había abandonado por meses. La guardia llegó del Chocó por la montaña de Mentuará en horas de la noche, alrededor de cien hombres buscaban a José Luis, y con el permiso del gobernador de Santa Teresa, la guardia se entró a la casa de José y Eunice y lo golpearon hasta que la mujer y los niños los detuvieron. Esos guardias eran de la familia Murillo, tíos y primos de Eunice parientes directos de Aníbal Murillo, el indio que olía el oro a metros bajo tierra y cuya técnica era buscar con la nariz y con los ojos el lugar exacto donde podían excavar. Con esos poderes descubrió varias minas en Dabaibe Chocó (Hoyos, 2019).

La familia de Eunice ha sido muy poderosa y al marido irresponsable de la nieta consentida le dejaron su aprendizaje, lo castigaron al sol y agua en el ‘cepo’ (madero grueso con orificios para colocar los pies de quien quebranta la ley) por varios días más, sin que Eunice pudiera hacerle curación, llevarle comida o bebida. Pero a pesar de eso José se reía y pensaba que estaba a salvo en su comunidad, estaba feliz de que lo peor ya hubiese pasado.

* * *

La casa de la madre de José y sus hermanos fue hecha entre todos al lado de su padre doce años atrás. Los hermanos de José en pocos días aprendieron a levantar una casa

tradicional Embera. El propósito era salir a la madrugada a la montaña en luna de cuarto menguante para que la savia de los árboles estuviese contraída y permitiese un secado más rápido. Era necesario cortar los nogales y unas cuarenta guaduas gruesas que serían utilizadas para sacar de ella las bases, la esterilla para el piso y para algunas de las paredes principales. A la madera la dejaron curando al sol quince días en el mismo lugar que la cortaron, con las copas hacía abajo y la base levantada para que el agua bajara a las ramas y cogiera un color amarilloso. Así los animales como la polilla, no se la comerían tan fácil y duraría más tiempo. Luego le echaron petróleo para conservarla y en caso de irse a otro lugar la madera se recogería y se llevaría en el traslado o trasteo familiar.

En las casas Embera siempre quedan huecos entre tabla y tabla o entre, esterilla y esterilla que no protegen la intimidad, ni del frío. En la nueva casa se podrían poner por debajo del piso, la madera y hacer el corral para las gallinas y los demás animales. Además, podían cuidarlos por las rendijas del piso por si un animal quería comérselos en la noche. En ese entonces José y todos los hermanitos ayudaron hasta con el último pedazo de madera en su construcción. Pero luego de tener una casa buena, la que nunca tuvieron por estar huyendo de la guerra, las cosas no salieron tan bien para la familia. A pesar de que era un propósito de las comunidades desplazadas dejar de andar y quedarse quietecitos para lograr hacer parte del departamento de Risaralda como parcialidad o resguardo, al construir comunidades y aumentar en número, se agudizaron los conflictos por las nuevas tierras.

El liderazgo del padre de José no le gusto a la comunidad y su agilidad para dirigir, construir y sembrar despertaron la rabia y la envidia hacia la familia Borocuara por años. La envidia en el Embera es fuerte y cuando no pueden hacer un mal con una agresión física

directa, lo hacen por medio del *'jaibaná jai'* (enfermedad puesta por un Jaibaná). Al papá de José le mandaron *'jai de negro'* (para que el alma fuera atravesada con una lanza), y *'jai de rana'* (para que le doliera el estómago) y muriera de dolor lentamente, así lo fueron matando con los poderes de un Jaibaná maldadoso de otra comunidad.

José Luis el hijo mayor heredó las tierras que habían pertenecido a su padre desde los años noventa cuando las comunidades de Katíos llegaron a estos territorios del Risaralda como resultado del sangriento conflicto interno en el Resguardo Tahamí del Alto Andágueda, acarreado por la explotación minera donde cientos de indígenas perdieron su vida en una guerra entre comunidades Embera, policía, ejército y familias mineras paisas (Dokabú, 2018).

Debido a eso y como forma de protección de la vida y de los médicos tradicionales Jaibanás los cuales estaban siendo asesinados por ser un obstáculo a los grupos interesados en las tierras y el oro, las familias huyeron y se reubicaron alrededor de las zonas de Bichubará por montaña y río hasta Dokabú y Bajo Gitó en territorio del departamento de Risaralda. Con la tercera oleada de desplazados llegan en los años noventa la familia de José Luis y un tío Jaibaná encubierto, quien como sacerdote y médico tradicional posibilitaría la forma de construir una comunidad en cualquier parte donde llegasen los Queragama, Borocuara, Murry y Tunay.

Después de la muerte del padre de José Luis, debido a la juventud de la progenitora se le hizo posible volver a formar otro hogar con un primo de la familia. El nuevo compañero de la madre era ventajoso, rabioso y borracho. No era una persona de confianza. Los

hermanos de José Luis, Albeiro de veinte años y Oscar de dieciséis formaron sus propias familias desde los quince años, pero aún vivían en la casa materna. José Luis el hermano hombre mayor habló varias veces por teléfono con su hermano Albeiro desde el Caquetá quien le contaba los problemas y las deudas con su padrastro y su madre.

El detonante fue la fiesta del veinticuatro de diciembre del año dos mil dieciocho. Las festividades Embera por lo general ponen a la comunidad a beber varios días hasta que se acabe la última gota de licor y Albeiro no fue ajeno al placer de tomar y bailar. La invitación se extendió por toda la montaña y más allá, hasta las familias de Mistrató, Caimalito y las Brisas en Pereira. Albeiro Borocuara ese día se puso el pantalón café que tenía para los sábados y una camiseta de rayas que le trajo su hermano José del Caquetá. Los zapatos no importaron tanto y se puso los únicos que tenía, unos Croydon negros que le daban mal olor. Esa tarde su esposa Aleida usó las coronas de colores hechas con lana, la *'ocama'* o (collar de chaquiras) el cual indicaría a toda la fiesta que ella era una mujer casada.

Aleida sacó la pintura guardada que ella hizo del árbol del *'kimpara'* y le aplicó a su hijo sin bautizar por todo el cuerpo desde los pies hasta el cuello para protegerlo del mal de ojo y los malos espíritus. El bautismo en los Embera permite proteger el *'jaure'* o 'el alma' de no ser arrastrada por los espíritus del monte y de la selva, amenazas hechas por los misioneros que se quedaron para obligar al indígena al bautismo (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). Pero las comunidades lo han contrarrestado con el poder del *'kimpara'* en el cuerpo y pudieron proteger el alma de los niños y ellos mismos, con esta preparación se ahuyentan los malos espíritus y el *'jai de achaque'* o 'espíritu de la enfermedad'. Aleida había cosechado los frutos de este árbol para la bronquitis de su abuela

y para hacer la pintura, en el mes de agosto. El *'kimpapa'* pintura corporal a base de (jagua) es un árbol nativo que solo da frutos en junio, julio y mediados de agosto de flor blanca, amarilla y roja, además da buena madera para cocinar.

Para su preparación fue necesario que Aleida le quitara la cáscara a la semilla, luego le sacara la pepa y la partiera en cuatro, masticara de seguido por cuarenta minutos con los dientes la semilla para así sacarle un zumo de color violeta. Le agregó la raíz de la *'jurupiska'* (raíz silvestre) que machacó en una piedra para sacarle también el zumo. Luego mezcló los dos productos y los puso a hervir en el fogón de leña en una lata de sardina por diez minutos. Cuando esta mezcla está fría la mujer casada puede pintarse con ella o utilizarla para aliviar algunos males como la bronquitis, los parásitos y proteger los cuerpos de las enfermedades y los malos espíritus.

Luego se debe preservar el preparado de remedio o pintura en botellitas de vidrio o de plástico oscuro para que perduren los meses en los que no hay frutos. Aleida se hizo unas rayas gruesas como tatuajes en las manos y en los pies estrenando su propia pintura de *Kimpapa* e indicando su estado de embarazo con las rayas pintadas y la ausencia de maquillaje en la cara. Se alisó el cabello varias veces con una peineta rosada y esperó a su esposo con el *'warrantica'* (bebé) cargado en la *'paruma'*, - una tela negra de dril puesta en forma de equis en su espalda.

La pareja se fue después de dejar al *'warrantica'* al cuidado de una hermana de Aleida y se llevaron al hijo más grande. Por motivos de celos, Albeiro y Aleida terminaron cada uno por su lado en la fiesta. Pero Aleida ya tenía pensado irse. Y salió calladita, con el

niño. Se le voló al borracho antes de que se pusiera agresivo y la maltratará en presencia de la gente. Así pasó el hombre en la comunidad todo un fin de semana bebiendo. Aleida por su parte recogió algunas de sus cosas y se fue a la casa de su madre al otro día temprano con los niños para la vereda de Kundumí en el Resguardo Unificado Chamí. Además, por ser fin de año ella deseaba irse unos días para compartir con su familia. Aleida alcanzó a pensar que Albeiro muy posiblemente iría a buscarla apenas se le pasara la borrachera o mandaría la guardia indígena para que la bajaran a la brava con los niños de la montaña.

Albeiro regresó a su casa pasados dos o tres días. Pero encontró el rastro frío. Se devolvió insultando a su mujer por no estar en la casa para atenderlo. Y regresó a la celebración apenas sosteniéndose. Dicen que no halló cigarrillos y se ofreció a bajar a la tienda de otra comunidad a comprarlos. En las comunidades del resguardo Dokabú muchas veces no hay tiendas o expendios y a las personas les toca caminar una hora o más para llegar a la tienda más cercana y comprar lo que necesitan.

Albeiro habló con unas cuantas personas antes de que no lo viesen más. Pidió plata para ajustar y comprar los cigarrillos, habló y bailó solo y desapareció en el monte. Hasta ahí cuentan las personas que lo vieron vivo. En el colegio Dachi Dadakera de la vereda de Kemberde un veintisiete de diciembre temprano en la mañana, un niño encontró el cuerpo sin vida de Albeiro Borocuara colgado de una viga, con la *paruma* o tela de dril donde cargan los ‘*warrandicas*’ enredada en su cuello. Fue reconocido por la familia por la camisa de rayas y su pantalón café.

CAPÍTULO 2 FERNANDA LA WERA-FA O LA FALSA MUJER

Ilustración 2. Wera-Fa



Fuente: Daniel Montes Bolívar

Cenovia se encontraba esa mañana lavando la ropa en el río. Fue alguien de la familia que vino como la muerte misma a avisar. “¡Cenovia! ¡Cenovia!, que mandaron a decir que se mató la marica hijo suyo en Santuario; dejaron teléfono pa’ llamar”. Cenovia dejó la canasta con los trapos y la ropa tirada en el lecho del río al cuidado de sus compañeras de lavado. Y salió casi por el aire hasta su casa donde estaba su esposo con los niños.

Fue el esposo, hablante de español, quien decidió llamar a preguntar por la persona que dio la información. Confirmó que era su hijo Fernando con una breve descripción de la cédula. Se acordó esperar que ellos, la familia, llegaran hasta Santuario. Cenovia agarró lo que pudo: una cartera con papeles, una peineta, el labial mágico y se puso las botas pantaneras con unas medias verdes largas de fútbol hasta la rodilla. Ismael se colocó las botas partidas

a la mitad que había cortado con el machete y salieron al camino, los niños se cuidarían solos. Un Emberá desde la vereda Paparidó se demora cuatro horas a pie caminando rápido desde la comunidad hasta la carretera que de la vereda Dokabú conduce al puente La Unión. El puente une al resguardo con la vía panamericana y conecta el río San Juan entre Risaralda y Chocó.

Ese día Cenovia bajó con su esposo y el perro amarillo que no los desampara. Ismael la acompañó hasta la vereda Agüita y logró enviarla de inmediato en un 'chocho' (mototaxi). En este medio de transporte informal en el corregimiento de Santa Cecilia se transportan la mayoría de las familias. Ismael la mandó sola, le dio un abrazo y un billete de cincuenta mil, pero no dijo nada sobre lo que estaba pasando. Tampoco derramó una sola lágrima. El hombre volvió a coger el camino de subida para la vereda en compañía del perro. Ya eran las once de la mañana. Cenovia llegaría en unas cinco horas y media hasta Santuario Risaralda y desde allí debería abordar un jeep o recorrido hasta la finca la Aurora. Lugar donde las compañeras indígenas de Fernanda estarían esperando la familia para decidir qué hacer con el cuerpo.

Cenovia cuenta que ella sabía poco de su hijo. Tenía claro que él estaba en Santuario recolectando café con un grupo de indígenas Emberá desde hace cuatro años.

Dice Cenovia que

hace uno mese antes comunicó, mando salues, pero no quiso dejar teléfono. Todavía no había perdonao a papá, ni hermano. Dejó mensaje con la mamá de otra Wera-fa de acá de la comunidá, que esa sí llama dos veces semanal a saluar.

Cuando se es un “marica” en una comunidad Embera no hay cabida en la comunidad. Hay algunos como el profe Darío, que estudió en la Universidad Tecnológica de la ciudad de Pereira, fue apoyado por sus padres docentes y pudieron vivir en otra parte lejos del resguardo sin ser juzgados. Pero otros, como Fernanda, no contaron con la misma suerte de estudiar, tener el apoyo de la familia y entender que su condición de transexual no era algo malo como piensa el indígena adentro en la montaña.

Fernanda lo supo cuando tenía doce años al pasar a la secundaria o media rural. Su madre recuerda que - *“Fernando ponía los vestíos míos al escondido y se pintaba boca con el colorete y ponía zapato de mujer”*. A Cenovia le comenzaron a decir en la comunidad cosas malucas de su hijo. La profesora del colegio donde estudiaba Fernando le hizo saber que tenía muchos comportamientos femeninos por la forma en que jugaba con las mujeres y la delicadeza para caminar y hablar. Su papá y demás hermanos no se enteraron tan rápido como su madre, quien se hizo la desentendida hasta que la cosa ya no se pudo ocultar.

A Fernando lo iban a matar su papá y sus hermanos mayores a los quince años. Lo aporrearon y lo ultrajaron una mañana cuando Cenovia se fue a Pueblo Rico. Ella era la única que lo defendía a capa y espada de ser reprendido en el ‘cepo’, un madero que sirve para castigar a los infractores en el mundo Embera. Esa mañana Cenovia no pudo llevar a Fernando al pueblo por falta de *‘chenejarra’* (plata) para pagar el otro pasaje. Se levantó temprano y se fue a pesar del presentimiento que tenía. Noches atrás ella había escuchado a su esposo y a sus dos hijos mayores mientras tomaban viche hablar sobre Fernando. Ellos decían en voz baja “lo queremos *‘mokira’* (hombre) o muerto”. Ese día Cenovia no tuvo de otra que irse sola. Madrugo, hizo en el pueblo las diligencias y tomó el recorrido que salía

del parque principal de Pueblo Rico a las once de la mañana para regresar al resguardo. Al llegar encontró lo que pudo haber evitado. Su hijo Fernando logró resistir la fuerte golpiza, pero nunca olvidaría aquella agresión.

Al otro día Cenovia decidió empacar el radio nuevo y juntar unos huevos de gallina colorada para venderlos en Santa Cecilia y así poder despachar a su hijo hacia Santuario Risaralda, pueblo donde otra madre indígena había mandado a su hijo dos años atrás en la misma situación y se había salvado de la muerte y el rechazo de la comunidad. Con la ayuda de aquella otra madre cómplice, Cenovia le consiguió un sitio de llegada y de trabajo a Fernando. Y en una bolsa negra con sus pertenencias de hombre (camisas y pantalones), una cobija, la dirección apuntada en un papel de pan y unos billetes ensurullados en el bolsillo de adelante del pantalón. Lo subió al bus de la Flota Occidental en el parque de Santa Cecilia. Desde ese momento comenzaría su nueva vida como Fernanda Murry.

En Santuario se encontraría con Verónica una lideresa indígena Embera transexual perteneciente al Resguardo Unificado Chamí del municipio de Mistrató, quien acogía en su casa a las mujeres trans recién llegadas para conseguirles posteriormente finca y patrón para trabajar. A Fernanda ya le tenían una finca para empezar el primer mes, pero en la semana de inicio tendría que trabajar a mitad de precio mientras recibía la enseñanza de los otros recolectores. Era la primera vez que trabajaba y que viviría lejos de Cenovia y sus hermanos. A su padre y sus hermanos mayores los causantes de la paliza no los extrañaría. Todavía miraba en el espejo los rastros de los golpes, cada vez más tenues con el pasar de los días.

En la primera semana a Fernanda la enseñaron a seleccionar bien el café, debía fijarse solo en los frutos rojos, recoger los frutos caídos del piso y por nada del mundo quebrar una rama o dañar un árbol de café ya que le podía costar el empleo. En el cafetal debería trabajar como macho, ponerse pantalón, gorra y camisa para que no lo picaran los moscos y cargar al hombro pesados bultos. Solo hasta las tardes al regresar a la casa de Verónica sería de nuevo Fernanda, se bañaría con una ponchera de agua caliente en un baño y se echaría el jabón perfumado que compró en el pueblo y la crema brillante para el cuerpo olor a canela con chispitas de escarcha. En la casa de Cenovia la ducha era el río y nunca en su vida Fernanda se había bañado con jabón de olor. Se organizaría las uñas todas las noches para eliminar la mancha negra que le dejaba el grano de café al ser recolectado. Hablaría suavemente como mujer para ir acostumbrándose al tono y acento del español y poco a poco convertir su apariencia en la de una verdadera mujer.

Su propósito era comprar telas de crema batida o seda china para hacer vestidos tradicionales de su cultura, eran telas favorables en el pueblo y podía comprar diferentes cortes para variar. Cenovia su madre le había enseñado a confeccionarlos a mano cuando en los diciembre compraba telas y hacía los vestidos de todas las hijas, nietas, hermanas y sobrinas. En esas Fernanda aprendió a medir las telas, ponerle los encajes, hacerles los pases y plancharlas, debía esperar su primera quincena para comprar telas de colores y calzones de mujer. Pronto cumpliría dieciséis años y quería pasarlo como una verdadera *'Embera Wera'*, (mujer indígena).

A Fernanda le quedaron muy bien hechas las faldas y los vestidos femeninos de su cultura para uso personal. Los hacía a mano con la ayuda de un metro, agujas y la plancha

bien caliente. Le quedaban bien elaborados y eso no quedo oculto para las demás compañeras trans, tanto así que empezaron a realizarle pedidos y se llenó de trabajo. Cuando tenía muchos encargos dejaba de recolectar café las semanas de menos cosecha y se dedicaba a coser a mano los vestidos para venderlos a las demás *'Weras'*, actividad que le dejaba buena ganancia. Ahora las mujeres no tendrían que pagar a una señora *'kapunia'* para que cosiera sus vestidos tradicionales en maquina y montarían su propio grupo de danzas para ir dándole fuerza a su proyecto de conformar una comunidad indígena transexual con usos y costumbres propios.

En compañía de un antropólogo, el grupo de mujeres trans que estaban antes de Fernanda habían logrado ser escuchadas en la registraduría del municipio de Santuario para sacar la cédula de mujeres. Algunas porque no tenían documento de identificación al haberlo olvidado a propósito en su resguardo con sus viejas vidas de hombres, en otros casos por haber salido huyendo de la muerte con las manos vacías y otras la mayoría de las veces por cumplir su sueño de ser ciudadanas mujeres y no pasar más vergüenzas de ir a una cita y que las llamen con nombre masculino.

Mientras cumplía los dieciocho Fernando fue haciendo vida entre los cafetales y las telas de los vestidos que le quitaban cualquier tiempo libre en las noches y los fines de semana cuando no podía aplazar la recolectada por exceso en las cosechas y falta de mano de obra en la finca. Una de sus felicidades era ir al pueblo los sábados a comprar telas, resortes, encajes, agujas e hilos de todos los colores. También acompañaba a las mujeres a comprar la remesa de alimentos y los cigarrillos marca Win, President o Gold para fumar en el cafetal y espantar tanto mosco que dejan las tardes y las mañanas. Fernanda era la más joven de las

chicas trans y la más bonita, tenía las piernas derechas sin huevo en la pantorrilla, un cabello negro lacio a los hombros, la espalda pequeña, los brazos largos y la cara pulida, se le haría muy fácil conseguir '*kima*' (marido), le decían sus compañeras en son de burla.

Y así fue. Fernanda comenzó a ser asediada por el dueño de una finca cercana a su casa por donde debía pasar frecuentemente con la excusa de organizar las mangueras del agua. Un fin de semana se encontraron en el pueblo tomando tinto en una cafetería, John le pagó la cuenta a Fernanda y le picó el ojo. Él tenía alrededor de treinta y dos años, no era indígena, tenía barba, brazos velludos, usaba gorra y andaba en moto, un hombre fuerte como los de las novelas de television, así como le gustaban a Fernanda.

Poco a poco Fernanda y John se fueron enamorando. Se esperaban en las escuadras alejadas en los cafetales para darse uno que otro beso a escondidas y revolcarse en las hojas secas de café. Parecía que de verdad se querían, cuenta una de las amigas de Fernanda. Pero el hombre tenía familia e hijos y Fernanda lo sabía. Desde el día que decidió perseguirlo hasta su casa y pudo observar desde la parte de atrás de un gradual toda una situación familiar a la llegada del hombre. Una tarde de esas donde el cielo se pinta de achiote en la Cordillera Occidental Fernanda se encontró con la mentira. Al principio fue uno de los golpes a su corazón ya que John le había mentado diciéndole que la mujer con la que él vivía e aquella casa era su hermana, tal vez Fernanda por su falta de experiencia en las cosas del amor no hizo mayor escándalo de su situación de amante furtiva y no le quedaba de otra que ocultar que lo sabía.

Por un tiempo las cosas transcurrieron para John de la mejor manera ya que Fernanda aceptaba su parte en el juego y no lo molestaba con las cosas de su otra vida. Muchas veces estuvieron a punto de ser descubiertos, pero John era un hombre sagaz en esas cosas de la traición y le inventaba cuentos reforzados a su mujer quien ni sospechas tenía de que a su marido le gustaran este tipo de exotismos. Amanda se enteró del amorío de su esposo por parte de otra indígena que le tenía rabia a Fernanda y la traicionó.

La felicidad de Fernanda se terminó un día lunes. Hubo mechoneada, patada voladora, puños, uñas quebradas, mordiscos y cabello reventado. Ambas mujeres, amante y esposa formaron una gazapera que se escuchó por toda la vereda. Fernanda ese día se acostó muy aporreada y logró ponerse penca de sábila en los arañazos de la cara y el cuello, y a los mordiscos les echó alcohol. Afortunadamente a la hora del problema pasaban unos recolectores que conocían a las mujeres y lograron separarlas. La fuerza de Fernanda también le causó lesiones a la esposa de John quien se fue con las vecinas a hacerse curación en el puesto de salud de la vereda. Fernanda se hizo curaciones ella misma con los conocimientos que traía del monte y de la última vez que fue golpeada. A punta de ramas para desinflamar como el llantén, el jengibre, el sauce y el eucalipto se ayudó a sanar, pero aun así su cara quedaría marcada con los fuertes rasguños y la profundidad de las heridas.

A los cinco días de la pelea, Fernanda no había logrado hablar con John. La vergüenza causada a la familia en la comunidad provocó que Amanda pusiera condiciones al hombre si quería salvar su matrimonio. Se marcharon de la vereda, sin más ni menos, anohecieron, pero no amanecieron. Fernanda al ver que el hombre no apareció en días y con tantos rumores

de que la familia se había ido, se dio por vencida. Amaba realmente a ese '*mokira*' quien la había aceptado como '*Wera*' y la hacía muy feliz. Sería su primer amor y el último.

Esa noche Fernanda se acostó en el piso en un mar de lágrimas con su destino ya planeado, se puso su mejor vestido de mujer y se dispuso a aceptar lo que vendría y en una especie de trance. Con el hielo de la media noche se subió a una silla de madera vieja con el lazo ya amarrado de la guadua del techo. Sujetó su cuello y revisando la fuerza del lazo y con el primer intento se suspendió en un sonido de chicharra que comenzó a intensificarse, un placer orgásmico recorrió sus músculos, vio cocuyos, escuchó a su madre y miccionó.

A Fernanda la encontraron sus amigas en horas de la mañana, muerta, colgada del cuello. No dejó notas escritas y el lugar donde vivía estaba tal cual como lo veían cuando la visitaban, vestidos tradicionales y faldas empezadas en su sitio de costura, collares de colores y maquillajes de diferentes tonos. No se despidió de nadie y no habló con las otras '*Weras*' sobre el problema, se encerró los cinco días posteriores a la pelea con el permiso de su jefe quien se enteró de lo sucedido y le perdonó su ausencia por una semana por el solo hecho de ser buena recolectora, pero le mandó a decir con el capataz que para la próxima no le pasaba ni media.

Cenovia no tuvo que bajar sola hasta el sitio donde reconocería a su hija. Mientras estaba en el pueblo averiguando el recorrido para el sector de la finca la Aurora, llegó su esposo acompañado de un sobrino en una moto prestada. Fue un descanso al no tener que presenciar ella sola el reconocimiento del cuerpo de Fernanda. Las lágrimas pararon para mirar bien y pensar en familia que iban a hacer con el cuerpo. Las autoridades ya estaban

haciendo el levantamiento cuando la familia de Fernanda llegó a la finca la Aurora. En Santuario, a diferencia del resguardo se aplica la ley ordinaria. Según la madre el cuerpo tenía rastros de golpes, mordiscos y arañazos secos, como si hubiese sido golpeada días antes de que ella tomara la decisión de renunciar a su vida.

En la comunidad de Paparidó en la preparación para el día del entierro de Fernanda, las *'veras'* le pusieron plumas, *'ocamas'* o pectorales, manillas coloridas y el vestido morado nuevo hecho por ella misma. La maquillaron de la manera en que las mujeres Embera lo hacen tradicionalmente con la pintura del *'kimpapa'*, le dibujaron pelitos de gato en las mejillas y montañas en la barbilla. Y así Fernanda la *'Wera-Fa'*, la marica, el convertido, la falsa mujer, fue enterrada y aceptada en su territorio como una verdadera Embera Wera.

CAPÍTULO 3 EL MATRIMONIO Y EL ARIBADÁ

Dicen los adultos cuando muere la persona, se convierte en otro. Y Jaibaná dice que cuando Embera muere en el monte o río se convierte en mohán y en la tarde lo ven. Primero viene el espíritu malo y ese espíritu malo lo hace asustar y hace ruido en la tarde y se lo lleva. La cara del mohán es muy miedosa, el cuerpo es duro. (Diarios de campo, 2021)

Los veinticuatro de diciembre como de costumbre hay fiestas en los resguardos. Pero en el año dos mil veintiuno sería diferente porque se casaba Rosita. Una mujer de catorce años conocida en la comunidad por su belleza amazónica. El río Dokabú, el mismo que pasa por Paparidó, Santa Teresa y Chifá, estaba sereno. El ‘Aribadá’ (guardián del monte) no saldría ese día porque había fiesta y a él no le gusta el ruido, le dice Agustino a su hijo recordando las historias de su padre mientras preparan las varas de bambú y las trampas para salir a pescar.

En los tiempos en que Agustino era niño los hombres salían en la noche a pescar y se compartía en comunidad el pescado. Eran peces grandes y bonitos como el pescado negro, el sábalo, los ‘bacucos’ y los ‘baus’. Hoy en día el río Tatamá donde Agustino iba con sus abuelos de paseo ya no les pertenece. Le enseña a su hijo mayor que “*el Embera aprendió del mestizo solo las cosas malas*”. “*Vender río no es algo de indio. Ese es el pensamiento de Kapunia*”. Para el lado de abajo donde se cogían anteriormente los ‘bacucos’ y los ‘baus’ ya no se puede pescar ni tampoco cazar la nutria. Ahora el río Tatamá le pertenece a una hidroeléctrica y el río Agüita a los saqueadores de oro. Arriba en el río Dokabú cerquita a

Paparidó en la comunidad de Agustino todavía se puede sacar pescado bueno, pero ya no alcanza para repartir.

Agustino fue invitado al matrimonio en Santa Teresa porque sabe tocar la guitarra. Iría a la fiesta y luego de tocar por dos horas o tres con Fercho el pianista de Chifa y comer torta se vendría para la casa. Eso fue lo que le dijo a Berta su mujer mientras buscaba la cargadera de la guitarra que días antes el niño tenía como juguete. Agustino prefiere huir a las fiestas porque todavía le gusta emborracharse, pero no puede hacerlo. Su compromiso con la religión cristiana de la que ha sido neófito hace dos años, se lo prohíbe. Además, debía ir bien temprano al otro día al amanecer al río para recoger las trampas y los carretes con los anzuelos que dejó en horas de la mañana con su hijo, eran malos tiempos y la comida se debía conseguir en el monte.

Otro de los invitados al matrimonio fue Valentín, el dueño de la tienda de Dokabú, quien preparó el viche para la fiesta matrimonial. Menciona atendiendo a un cliente asiduo que,

Acá en comunidad Emberá sabe hacer el viche como el negro- pero hay mucho que no sabe hacerlo bien todavía, porque apenas están dándole punto. Entonces cuando no les sale bien, le echan alcohol puro y ceniza para que agarre. Ese viche no gusta a la gente, porque es sucio y no es emborrachador. El mío sí gusta mucho a la gente porque ya conocen que yo lo hago bien hehecito nomás y de buen color, limpiecito.

Valentín Aiza vivió un tiempo en Bogotá a causa del desplazamiento armado que afectó su comunidad por los lados del Chocó. Por allá compartió con muchas personas y pudo

aprender a hablar bien el español. En Bogotá también aprendió estrategias para sacar a su familia adelante con conocimientos que él tenía y pero no sabía, como ser un potencial vendedor. Vendía de acuerdo al día por la Candelaria o el Museo del Oro artesanías de chaquiras y cigarrillos sobre todo en las noches. Bolsas de basura y confites de chocolate en los buses y parques.

Por eso cuando vino a vivir al resguardo Gitó Dokabú consiguió '*chenejarra*' miniando. Luego puso una tienda y expendio de viche. A Valentín le enseñó a hacer el viche el negro Jairo cuando estuvo trabajando en las minas del Alto Andágueda años atrás. Jairo era quien hacía el trago tradicional para los mineros y convinieron que Valentín fuera el ayudante porque era callado y activo. Además, Jairo necesitaba otra persona porque tenía dos ollas para cocinar. El trabajo de destilar el viche lo realizaban por días. De acuerdo a los encargos se prendían uno o dos fogones. El negro al indio lo ponía a buscar la leña, a soplar los fogones, a probar, a sacar la espuma, a lavar las botellas y a empacar. Ahí fue donde Valentín aprendió a organizar y engallar las ollas como alambiques, con los tubos para destilar pacientemente cada gota, saber el punto, el tiempo, el color, la cola, pero ante todo el sabor.

Valentín Aiza no aprovechó ese conocimiento hasta que le tocó empezar de nuevo en Dokabú al regresar de Bogotá. Y con ese recuerdo de cómo se hacía el viche, sin un apunte en un cuaderno, sin una medida y por mera malicia indígena, hizo su propio alambique. No sin antes asesorarse de los compadres de la vereda Agüita para saber detalles no menos importantes. Se dice que fueron las comunidades negras quienes enseñaron a los indios de estas montañas a hacer el destilado.

El calan-viche de la fiesta lo tenía Valentín preparado desde principio del mes de diciembre para que no le cogiera la tarde y no lo tuviese que entregar caliente como le había tocado hacerlo en otras ocasiones. De la última producción sacó cincuenta botellas pequeñas y unas cuantas botellas mega litro. Tenía una reserva debajo del piso de la tienda para las fiestas de todo el mes y para enero debería volver a montar el fogón para destilar más caña. El pedido del viche para el matrimonio fue necesario montarlo en una mula que mandaron desde Santa Teresa en la mañana del veinticuatro. En ese envío había trago por lo menos para seis días.

Luis Murry el bajista y Fercho el pianista subieron juntos desde la vereda Chifá. Los demás músicos los estaban esperando para cuadrar el sonido de los amplificadores y los micrófonos. La ceremonia de los *'fututus'* (trompetas) y los tambores la harían Francisco y sus primos de la vereda de Buenos Aires con los instrumentos tradicionales para que el matrimonio no tuviera problemas. Acompañarían la inauguración de la casa matrimonial con la fiesta del *'oriñas'* reunión familiar donde hacen la limpia del nuevo hogar. Se debe bailar al son de los *'fututus'* y los tambores hechos con cuero de tatabra, tirar maíz por encima de la cabeza, por todos los rincones de la casa para la abundancia, danzar alrededor por la parte exterior y tirar humo de tabaco. Dicen que si esto no se hace las personas que viven en ese lugar se empiezan a enfermar, y también se enferma el que hizo la casa. La fiesta del *'oriñas'* es utilizada para dar poder, abundancia y fuerza. En compañía del Jaibaná se canta, se distribuyen las funciones entre mujer y hombre, se toma *'chicha de maíz'*, se esparce el humo y se tira a la jura la semilla.

Francisco y Faustino estaban elaborando los *'fututus'* (instrumentos de viento autóctonos de los Embera) desde el mes de marzo para venderlos. Y para el mes de septiembre se los compraron en un proyecto cultural por un buen precio para ser donados al mismo resguardo. Así quedaron tres *'fututus'* para la zona uno y tres *'fututus'* para la zona dos. Ambas zonas conforman todo el resguardo Gitó Dokabú Embera Katío compuesto por trece comunidades o veredas, anteriormente diecisiete, pero se conformó un nuevo resguardo Katío llamado Okokodó y se quedó con cuatro de ellas.

Francisco y los demás intérpretes de *'fututus o furciros'* llegaron a las diez de la mañana del veinticuatro al tambo para practicar junto a los tambores y hacer algunos remiendos con cera de abeja. Los hombres comentaron a los niños preguntones que “el sexteto de *fututus o furciros* se compone por *tatae* que es mayor macho, hembras son *teteru*, *chichaque* es menor, *chera* es donde está una inauguración de una casa nueva, *curijia* es un animal guatin que estaba bailando y to”.

Algunas veces si la persona que lo va a elaborar tiene suerte puede encontrar el árbol del falso yarumo fácilmente en el monte. Otras veces la persona recorre la montaña y no lo puede ver, el árbol se esconde. Cuando se coge la madera arriba en la cordillera y nacimientos de las quebradas y por fin el árbol permite que de él se haga *'fututu'*, se hace inmediatamente en el mismo lugar donde se coge la madera, y luego se pule en el tambo. }

Cuando lo están elaborando se presta atención al manejo del machete con el cual se pule y modela, se va sacando astilla por astilla de la parte de encima dando paso a la madera blanca que va quedando después de sacar la corteza. Luego se limpia bien la parte hueca de

la mitad y se debe prestar atención a las perforaciones hechas por el gorgojo para sellarlas con cera de abeja. Lo mismo que en la parte de abajo y de encima del instrumento para que el músico ponga la boca por largo tiempo y no se lastime los labios.

El Embera tiene un oído magistral y fue fácil cuadrar las canciones con los tambores sin hacer mayor esfuerzo. Cuando Francisco era niño y vivía con sus abuelos en el Chocó, los *fututus* servían para integrar a su familia dentro de los diferentes pedazos de selva. Estos llamados con el *'fututu'* indicaban mensajes al otro lado de la montaña y permitía que todas las tías y tíos de Francisco estuvieran comunicados con la casa de los abuelos. En los tambores estaban Silvio, Orlando y Javier quienes ya tenían los instrumentos listos y fueron también elaborados por ellos, cuentan a los curiosos que esos tambores los hicieron en tiempo de luna creciente para que fueran más fuertes y duraderos, la madera del árbol del balso. Sí se hacen con la piel de guatin, venado o tatabra el sonido suena mejor y más fuerte, además, la decoración con la pintura del *'kimpara'* la hace cada dueño para personalizarlo.

Días antes del matrimonio el joven Danilo Niaza pidió permiso al *'chañore'* (suegro) y a la *'dantata'* (suegra), para casarse con su *'mu warra'* (hija). Estaban de novios cuatro meses atrás y querían permanecer juntos día y noche. 'Formar familia' decían. Según el Embera la humanidad solo se adquiere por medio del matrimonio, esto incluye hacer casa y ritual de iniciación donde se adquieren los roles femenino y masculino (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014).

Por parte de Rosita debería guardar su virginidad hasta el día del matrimonio y como segundo requisito tener la ablación o la operación como dice el indígena. Esa forma rara en

la parte superior de la vagina que los hombres deben cerciorarse en los primeros días de matrimonio si la mujer la tiene. Esto bajo la guía de las mujeres mayores para que el hombre haga bien los pasos de ser un esposo y la mujer sea una esposa digna. La futura esposa también debería permanecer en la casa de sus padres hasta el día de la ceremonia. Por parte del novio debía ir a la casa de su 'chañore' a demostrar que sabia sembrar y trabajar, pero no hubo ninguna restricción para él.

Se llegaron a acuerdos entre las dos familias para saber dónde iban a hacer la casa. Buscaron a los padrinos. Contrataron al sacerdote para que hiciera la misa. Se mandaron las invitaciones para toda la familia extensa. Se alquilaron los vestidos en Tadó Chocó y luego pidieron permiso a las monjas para alquilar la capillita de Santa Teresa acordando día y hora. Fue entonces que Rosita de catorce años y Danilo de dieciséis se casaron el veinticuatro de diciembre de dos mil veintiuno.

Raúl, el primo de Rosita comentó sobre el matrimonio,

Se hizo la fiesta con toda la familia, primos cuñaos, así lo invitan, la carne comen entre todos, los tragos ponen entre todos, y dejan bailar a todos, - y a según dicen los ancianos que cuando hacen ceremonia de matrimonio no se puede dejar sentar la gente. Todos tienen que pasar bailando, y ninguno de los dos que se casaron pueden emborrachar mucho y si el hombre queda borracho que si la mujer lo ganó entonces que el hombre muere. Y al contrario si la mujer se emborracha mucho y el hombre lo gana ella también muere. Por eso ninguno de los dos puede emborrachar en su matrimonio.

Después de que se realizará la misa del matrimonio a las dos de la tarde en la capilla de Santa Teresa, algunos llevaron gallinas, cerdos, carne en canastos, gaseosas por pacas, alimentos, cobijas. De acuerdo a la capacidad económica del invitado era el regalo que ofrecían a la nueva pareja, cada quien de acuerdo a sus gustos tomaba el licor que más le gustara.

Las parejas comenzaron a bailar al ritmo del grupo musical de Luis Murry y las mujeres se incorporaron al baile con los niños pequeños cargados a su espalda, quienes sin ninguna manifestación de incomodidad seguían durmiendo mientras sus madres se embriagaban, bailaban y brincaban. Las personas quedaron al son del baile y la fiesta. Otros se dedicaron a repartir comida y a atender a los invitados. Así pasaron hasta el amanecer. Cuentan que en el matrimonio no hubo dificultades. Todos estaban muy unidos y contentos.

* * *

El 26 de diciembre Agustino el pescador salió como todos los días a pescar. Había dejado los anzuelos y trampas en diferentes partes del río Dokabú el día antes con su hijo. Como de costumbre, bajó a mirar los tres o cuatro peces que pudo haber atrapado en la noche. El Emberá conoce el río muy bien: las corrientes, las crecientes, las borrascas, los sitios dónde les gusta a los peces hacerse, a qué horas salen, de cuántos kilos pueden ser de acuerdo al jalón del nailon, y el silencio con el que se debe pescar. Ese día Agustino supo que el río estaba diferente, más silencioso, más misterioso, como que le daba miedo estar solo.

De un momento a otro el río empezó a rugir como un búfalo. De niño había escuchado ese sonido con su padre y cuarenta años después volvía a escucharlo. !El *Aribadá* se dijo

Agustino, no alcanzó a recoger los anzuelos y tuvo que correr. En la parte de arriba había logrado pescar un barbudo, pero cuando se dirigía a recoger los anzuelos de abajo y las trampas, escuchó ese sonido extraño y aturdidor. Algo malo iba a pasar, presintió. Observó que el río se comenzó a oscurecer y se convirtió en una creciente borrascosa, mientras él se posaba en un pedacito de montaña donde no le pasaría nada. Pasaron los minutos y al mirar bien el río enredado entre hojarascas venía un cuerpo con la corriente. De no ser por Agustino el río se hubiese llevado el cuerpo para desaparecerlo en las corrientes del río Agüita y luego en el río San Juan.

Una vez se tranquilizó el río con la creciente repentina Agustino se las ingenió para seguir el cuerpo por la orilla del río hasta que quedó atorado en unas piedras grandes y debió empujarlo hacia una empalizada en la mitad del río donde estaba bajito por las grandes piedras y llamó de inmediato por celular a la guardia indígena. Después de tener dificultades para identificarlo, por su color verdoso y rígido, las mujeres reconocieron el muerto, un primo hermano de Rosita la recién casada, era como un hermano suyo, los dos fueron criados por sus madres en la casa grande de la abuela. Algunos dicen que eso paso por guayabo, por aburrición, por renegar de la vida, por pasarse de tragos. El hombre se dejó arrastrar de la corriente a voluntad propia más arriba donde el río pasa entre dos piedras grandes que permiten el cruce de una comunidad a otra. A ese lugar había ido desde niño y lo conocía por su peligro en las historias y las advertencias de los viejos.

Rogelio cuenta que,

Bueno lo primero es que a según dicen que eso fue el domingo mi primo que falleció. Él estuvo en Santa Teresa en el matrimonio de Rosita en viernes veinticuatro y la mujer fue adelante el sábado veinticinco en madrugada para la vereda de Paparidó. La mujer se fue a reclamar huevos y leches y él 'Mokira' se quedó tomando con la gente de la fiesta. Yo los vi ese día a los dos y acompañé al matrimonio ayudando en todo a organizar la fiesta. Así fue que pasó y dicen que ese río que se ve así colorado, en la foto, en la mañana no estaba así crecido y cuando sacaron cuerpo se tranquilizó.

Cuando le encontraron el muertico ese río estaba muy enojado, pero cuando lo sacaron el color del río cambió y es como si no ha crecido nada, se puso serenito cuando la gente se lo llevó. El cuerpo quedó como el del Aribadá, el muerto quedó con el cuerpo negro y verde, duro y con los ojos abiertos como pescao, miedoso, no puede reconocer que es esa persona. Eso dicen que se lo llevó el Aribadá, toda la gente y mayores dijeron así. El Aribadá se llevó el alma para el río y cuerpo y lo convirtió en monstruo como él.

Cuentan en la comunidad que esa historia ha pasado muchas veces, el *Aribadá* hace ahogar la gente. Cuando la víctima escucha el *Aribadá* por la ribera del río que debe cruzar, se debe quedar quietecito. Se reconoce porque es un sonido estruendoso que no se puede identificar, ni saber de dónde viene. Dicen que muchos son los borrachos que dentro de la borrachera observar un hombre gigante con garras y pelo blanco por todos lados.

El *Aribadá* es una reencarnación de un Jaibaná que viene a ejecutar una venganza por algo malo que le hicieron. El animal con forma humana cruza rápidamente el río por la parte de abajo del ebrio observador. Y por la parte de encima del río, se viene fuertemente la borrasca con palos y pantano, en ese instante el borrachito en un abrir y cerrar de ojos se lanza encantado a las aguas turbulentas en un llamado melodioso de la corriente.

La muerte del comunero según rumores de camino, no es una buena muerte, el *Aribadá* se llevó el espíritu, el cuerpo tomó el color del monte y quedó irreconocible para la comunidad, lo pudieron identificar por un tatuaje borroso en el antebrazo y una cruz en la frente hechas con tinta china.

CAPÍTULO 4 BERENICE Y EL NIOR MOKÍRA

Ilustración 3. Embera Wera y nior mokira.



Fuente: Daniel Montes Bolívar

Para el año dos mil diecinueve Berenice se encontraba estudiando en el grado once del colegio '*Dachi Dadakera*' de la comunidad de Kemberde del resguardo Gitó Dokabú. Alcanzó a ser una de las mejores estudiantes que tenía el plantel por ser sobrina de profesores,

nieta de Jaibanás e hija de un líder indígena. A diferencia de otras '*Embera Weras*' quienes a los trece o catorce años cogen marido, Berenice no había querido tener hijos ni mucho menos casarse con un hombre mayor o perezoso.

El propósito de la familia era que la '*Wera*' estudiará y sacará bachiller para que empezara inmediatamente sus estudios como enfermera. Algunos primos suyos se habían formado como enfermeros y estaban ejerciendo dentro de las jurisdicciones del municipio de Pueblo Rico y Mistrató. Ellos la motivaron para que decidiera escoger en conversaciones con sus padres el camino de servir a la comunidad.

Días atrás Berenice se estaba perdiendo por las noches y no se sabía para donde se iba, su madre la mandaba siempre con un hermanito pequeño para que la acompañara y no mantuviese tan perdida. Sobre todo porque debía ayudar de manera permanente a cuidar a sus ocho hermanitos menores que todavía no se defendían solos. Berenice era una máquina para trabajar, cocinar, recoger leña, atender a los hombres en la cocina, cuidar animales, niños y estudiar. Casi ni le quedaba tiempo para ella misma. En las tardes se acostaba cansada y con una excusa de sueño se metía entre la estera y las cobijas a las siete de la noche.

Para los meses de septiembre del año dos mil diecinueve el clima del resguardo se puso caluroso y lluvioso a la vez. La cerveza, la gaseosa Big Cola, el jugo de lulo silvestre, el jugo de borojó, el jugo de chontaduro, los bolis (jugo sintético en hielo), son algunas de las cosas que se anhelan en esos calores húmedos de la selva del Risaralda y los más frecuentes en las tiendas. A Berenice le gustaba el jugo de borojó con chontaduro, la cerveza y el viche con gaseosa rosada. Días atrás venía con idea de ir a buscar a alguien importante

y con diez mil pesos que tenía guardados, se arriesgó a ir a la tienda de Agüita a comprarse lo que se le antojara. Además, se fumaría algunos cigarrillos a escondidas y le daría a Esneider su hermanito una gaseosa con papas para entretenerlo y unas monedas para comprar chicles mientras ella conversaba algo importante con un amigo.

Por oficio su madre le dijo que debían comprar panela, papas y café y traerlos en la canasta pequeña. A Esneider le iba bien con Bere cuando lo mandaban a cuidarla. Ella lo invitaba a mecatear y lo dejaba compartir con otros niños, comprar láminas para los álbumes y jugar uno que otro picaito en la cancha del colegio intercultural de Agüita. El muchacho se las ingeniaba para jugar con botas pantaneras y le daba bien a la pelota, aunque le sacaba ampolla si jugaba sin medias. Por eso siempre bajaba preparado con dos pares por si había con quien jugar.

Mientras el joven se divertía, Berenice aprovechaba para conversar con amigos de la tienda, especialmente un hombre negro, alto, con dientes muy blancos y corte militar, quien siempre permanecía en el grupo de los patronos de los mineros y compradores de oro. El hombre era muy sonriente con Berenice y cuando se encontraban le daba chokolatinas y la invitaba a tomar cerveza. En las demás tiendas de mercado se veían otras mujeres indígenas hermosas y tímidas en algarabía invitadas por los hombres negros y comprando a la carrera cigarrillos, velas y tabacos con premura antes de ser dejadas por el recorrido de Aguasal.

A la '*Wera*' Berenice le gustaban los hombres negros para desgracia de su comunidad. Según la gente, el '*jai*' que le enviaron a la muchacha fue el '*jai tontina*' o espíritu de la aburrición. Ya sabía toda la comunidad sobre las correrías de la muchacha con el minero afro

y por eso le habían puesto de guardia a su propio hermanito para que la siguiera mientras pudiera. Pero ella aprendió a embobarlo con dulces y a escaparse por las noches para verse a escondidas con el enamorado. Se encontraban en un árbol de carbonero que había en una playita cerca al río Dokabú, fumaban, se besaban y se amaban en los arbustos. Al mismo tiempo, por las ventanas y rendijas de las casas cercanas los indígenas chismosos los observaban y susurraban al oído la desgracia.

Con los Jaibanás hay reglas estrictas que se deben cumplir y las mujeres Emberá que deseen mezclarse con un negro o *'nior mokira'* deben ser castigadas. Así los Jaibanás implantan el suicidio por medio del *'jai tontina'* con el fin de que las indígenas no se mezclen y el equilibrio permanezca en la comunidad (Sepúlveda López de Mesa, 2008). Cuando se envía un *'jai'* como el de *'tontina'* a una mujer es con el fin de que las demás mujeres de la comunidad tengan presente que no pueden andar con otros hombres diferentes a los indígenas. Por eso el *'jai tontina'* las pone perezosas y sin ganas de salir a buscar hombres de otras partes, no quieren hacer nada, les da flojera cocinar y cuidar niños.

El *'jai tontina'* obligó a la mujer a permanecer en la comunidad. A Berenice ya le habían mandado el mal, más sin embargo seguía escapándose cada dos días en las noches y llegando antes del amanecer con las botas plásticas empantanadas y el pelo revolcado. Los trasnochos por fuera de la casa le causaban la pereza de hacer oficios en las mañanas y cuidar a sus hermanitos, cosa que no le gusto a su madre quien estaba perjudicada por cuidar tanto niño ella sola y cocinar.

A Berenice le enviaron el '*jai tontina*' para que no le dieran ganas de buscar aventuras fuera de la comunidad. Le fue cogiendo fuerza con el pasar de los días, primero devorando su voluntad para hacer las cosas, perdiendo todo interés en ella misma y olvidando por completo los quehaceres cotidianos, incluso había días en los que olvidaba bañarse. Luego Berenice se empezó a sentir enferma y con lentitud para pensar y caminar, además los encuentros entre los enamorados acabaron gracias a los rumores de los chismosos que pusieron alerta a los Jaibanás de la familia. A la muchacha le daban remedio para dormir y no podía asistir a las citas cada dos días a la playita del árbol del Carbonero en el río Dokabú por estar dopada con bebedizos de romero, pasiflora y otras ramas secretas revueltas con la leche de cabra que le daban la mamá y la abuela a sugerencia del Jaibaná.

Pasados dos o tres meses Berenice se dio cuenta que la leche de cabra que le compraba su mamá a la señora Ritalina para darle a ella y quitarle la pereza la estaba durmiendo temprano para impedirle verse con su enamorado. Era tan fuerte el sueño que no le valía el despertador de un reloj de pulsera que sonaba duro debajo de su oído. Con los días aprendió a botar el bebedizo y después de que se lo tomaba a los ojos de su madre se metía un lápiz de madera en su boca y el remedio se devolvía enterito como un chorro de agua a presión. Poco a poco se fue quitando esa sonsera de los somníferos y empezó a tomar decisiones por ella misma nuevamente.

El día que Berenice decidió bajar a la tienda de Agüita no era en vano, sabía que por ser fin de semana su hombre estaría comprando oro a los indígenas y muy posiblemente estuviese allí en alguna tienda para ella verlo; tal vez planear una fuga u organizarse como marido y mujer, confrontar la familia y demostrar que estando al lado de ese hombre, también

tenía posibilidades de ser enfermera. Muchas cosas se le pasaron a Berenice por la cabeza, pero debía conversar con el enamorado, saber sus intenciones y preguntarle si la quería de verdad para ella tomar decisiones certeras sobre ese amor que la estaba matando.

La mayora Ritalina comentó,

eso fue el sábado más o meno, que mandaron hace mandao a la Wera a Agüita con hermanito. Por la tarde fue eso. Después el hermanito subió solito. Ya era al anochecer, pero ella todavía nada que subía de la tienda. Ahí sí que todos enojaos los de la casa della y bajaron a ver que donde estaba, con quién estaba.

Cuando Berenice llegó a la tienda de Agüita y vio a su enamorado supo cuánto lo quería. Deseaba estar con él, le gustaban sus atenciones y el olor a perfume que le dejaba en las manos y el cuello cuando se veían. Pero el enamorado estaba diferente: ya no la quería mirar con los mismos ojos brillantes con los que la miro la última vez y parecía esquivo. Ella trató de entender qué pasaba, mientras otras mujeres afro e indígenas llamaban la atención de los hombres. Sintió celos y esperó. Una cerveza después, el hombre le hizo caso a Berenice y le preguntó por su ausencia en el árbol por las noches y ella entre señas le explicó que había tenido problemas.

Se pusieron a tomar cerveza juntos. Ella fue el centro de atención toda la tarde. Era una mujer indígena muy bonita y tenía muchos pretendientes, hecho que hacía sentir orgulloso al negro con los hombres que pasaban. El tiempo de los enamorados se pasó rápido y la tarde cayó en segundos. Como acuerdo quedaron en seguir juntos y esperar que pasaran unos días mientras el hombre buscaba una forma de solucionar esa unión.

Ese día al caer la tarde el hermano de Berenice ya estaba cansado de jugar y brincar y quería irse al tambo. Además, debía llevar el encargo de la madre en la canasta y cambiarse la ropa mojada y empantanada. Convidó a la hermana varias veces y hasta trató de arrastrarla de la mano, pero no lo logró. Subió solo a la casa y no mencionó nada sobre Berenice - viene ahí atrás, ya va llegar, viene por el camino, dijo el hermanito. A diferencia de otras veces a Berenice no le importó regresar, no quería seguir en aquella casa donde la mantenían dopada en contra de su voluntad, ella deseaba amar e irse con su 'nior'.

Ritalina luego agrego,

esa tarde la familia llegó a la tienda, hicieron pelea pa traerla pa' la casa y no quería venir. Estaba borracha. Toa la tarde estuvo tomando cerveza con negro de Agüita. La emborracho y la tenía con la mano cogía. La mamá de ella le dijo que ese era un hombre malo, ese es borracho que engañaba mujeres. Indígena no debe andar con nior mokira, indígena anda con Embera decía la nawedana (madre) a la Wera.

Eso fue largo la pelea, por todo el camino se vinieron peliando y se escuchaba de casa mía. Con ella llegaron al comunidad toos peliando. Hermanos y la papá y la mamá, y ella llorando duro. Se metieron a la casa y se escuchaba pelea, eso se quedó así. Acá en Emberas todo se arregla en la casa y nadie puede meter, todos calladitos, no puede meter en los problemas de otro porque le dan cepo. Si uno se mete en pelea que no le importa, se gana cepo.

La Wera el domingo se fue sin avisar, ella iban a dar cepo. Y no vino a dormir y el lunes tampoco ni el martes. La familia estaba preocupada y el martes ya pusieron

a busca por toa parte y poner aviso en la emisora y se puso la guardia a buscar por toa la comunidad caminos y monte. En casa del nior nos taba, ni de familia della y de por ningún lao se veía. Por toa parte buscamos los adultos con los niños y ayer como a mitad de día se escucharon los gritos de llorando y saliendo a correr pai pa' arriba. Los guardias encontraron a Berenice allí no más, allí arribita, donde está más verde, allá la encontraron amarrada de dos parumas en árbol alto. La comunidad estaba to loco, eso corrían pa' to lado, no eran capaz de bajarla de ese árbol, no saben cómo se colgó como si alguien hubiera ayudado, hasta que ya pudimos entre todos bajarla de ahí. Tuvimos que enterrarla al otro día porque el cuerpo estaba muy dañado.

La familia de Berenice la golpeo, le mando 'Jai de tontina', la dopo por meses y la amenazó con no darle estudio de enfermera si seguía en las andanzas con el negro Juan de la vereda de Agüita. Entre todos, padres, hermanos, esposas y sobrinos golpearon a la Wera y la maltrataron verbalmente. El único que la defendió fue el hermanito que la cuidaba y quien se paró firme ante todos con un palo para que no la golpearan más.

CAPÍTULO 5 EL SECRETO DEL GOBERNADOR

Ilustración 4. Luz Dary



Fuente: Daniel Montes Bolívar

Llegar a Santa Teresa y Kémberde por la nueva carretera se hizo un poco más difícil para las personas en los primeros meses mientras pudieron acostumbrarse al pantano. Con los días el exceso de barro se fue asentando un poco por las pisadas de las personas, los Jeeps y las mulas. Ahora es un camino ancho que permite entrar carro a la parte alta de la montaña de Mentuara y Paparido en Risaralda y a las comunidades de Aguasal y Conondo en Chocó.

A los pocos días de hacer la carretera nueva, la comunidad puso un retén de control por valor de diez mil pesos para subir a las otras comunidades.

Anteriormente por el camino viejo pasaban dos cauces cristalinos de donde se podía tomar tranquilamente agua con las manos cuando la gente subía y bajaba, pero con la nueva carretera los cauces cambiaron. Ahora se resisten a desaparecer, mientras uno se ha convertido en una laguna verde y musgosa prohibida para los niños al albergar nidos de culebras y el otro es un problema permanente al humedecer la carretera y producir pantanos.

Ahí en ese trecho, deben bajarse las personas a empujar el chocho o si es un jeep le ponen piedras grandes y brazos de algún árbol para que no se quede pegado y pueda salir del atasco. El viejo sendero era un camino real muy antiguo que unía los Resguardos de los Katíos y los Chamís con Chocó. El sendero tenía buena sombra y poco pantano, un camino limpio donde se podía andar con zapato fino hasta muy arriba de la montaña, domado por más de quinientos años como recuerdan los mayores. Por esa ruta constantemente están cruzando los arrieros para llevar desde las fondas de Agüita en Risaralda arroz y mercancías por Aguasal, Conondo, Rio Colorado, Dabaibe y Andes Antioquia.

Entre la vereda Chifá y Santa Teresa hay un cordón montañoso con una pendiente de difícil acceso por la parte de encima. Esta montaña en forma de cañón se une con el río Dokabú por la parte de abajo y solo tiene acceso desde allí repleta de árboles espinosos, helechos, rocas y madera suelta. Por este sitio han perdido la vida muchos indígenas de las comunidades de Santa Teresa, Chifá y Kemberde. Se cuenta que cuando un borracho pasaba por este pedazo de monte y tenía algún enemigo, éste lo esperaba para empujarlo y hacerlo

rodar hasta el río o todo aquel que se sintiese aburrido como con tontina o pereza de vivir se encomendaba a 'karagabi' (dios embera) y se arrojaba por el barranco del cañón del río.

Lisandro Arce dice que conoce una historia que oyó sobre este camino,

ese día el gobernador que era tío mío estaba en una fiesta en Iumadé porque allá se casaron una hija suya y un muchacho de esa comunidad. Ese día tarde de la noche el gobernador estaba diciendo a todos que mucha cracias por todo que los quería mucho y eso brinco, bailo, como feliz estaba, dicen. Pero después como de chiste dijo que se iba muy lejos. Pero nadie le puso cuidao, que él los quería a toos y ¡que deme trago!, y tomó viche y tomó ron y bailó con las Weras toa la noche. Después él se despidió de la gente al manecer porque venía pa' Kemberde que pa' su casa. Los que acompañaron se quedaron maneciendo en Iumadé esa vereda queda lejitos en montaña del frente. Los que subieron a pie esperaron pa venir por la mañanítica no más. Pero ese como venía en mula se vino solo, al otro día encontraron la mula sola abajo en Chifá tomando agua del río y por ninguna parte él dueño. Hasta que vieron después de buscar mucho poronde fue que se rodó o se tiró sólo a rodar, no se sabe todavía. La guardia lo encontró más abajo ahogado y enredado entre árboles, palos y chuzos. Dicen que sólito se tiro, que ya venía aburrio desde hacía días y había amenazado borracho varias veces con matarse solo.

Desde ese tiempo de la muerte del gobernador, los líderes empezaron a ser amenazados por mineros interesados en el oro de la montaña, se hizo la carretera a la fuerza y en contra de algunas personas de las veredas más reaccionarias. Ahora las comunidades de

Chifá, Santa Teresa, Kemberde, Mentúara y Paparido del Resguardo Gitó Dokabú poseen su carretera. El volcán del suicida disminuyó un poco y cortaron los árboles para que la gente vea mejor la caída del barranco. Aunque ahora ruedan carros en vez de humanos y no falta el muerto por lo abrupto de la carretera destapada, las personas están contentas de que por fin tienen su entrada en jeep hasta lo profundo de la montaña.

* * *

Por mucho tiempo el gobernador Manuel amó a una mujer de otra comunidad, pero no podía hacerlo a causa de su matrimonio con Eloísa y sus numerosos hijos. Él '*mokira*' (hombre) amó profundamente a esa '*wera*' (mujer) durante muchos años y ahora ella sería la suegra de su hija. El matrimonio de su hija con el hijo mayor de su eterno amor, se llevaría a cabo muy pronto y como por una maldición quedarían para siempre entre la misma familia, los nietos de ella sería los nietos de él, y así deberían amarse en secreto el uno al otro sin que nadie lo supiera, para el resto de sus vidas.

Al gobernador no se le podía dar trago si estaba en una fiesta donde ella estuviera. Él tenía en cuenta esos detalles antes de ponerse a beber en alguna reunión o en las asambleas de los Resguardos. Si él la veía el sábado en Santa Cecilia, se emborrachaba por ella y llegaba a la casa sin '*chenejarra*'. Además, en el granero de Rubiel en el centro de Santa Cecilia le fiaban cerveza y aguardiente, Manuel terminaba tomando hasta el martes cuando el guayabo y el despecho lo dejaban irse para el tambo a coger jornal.

Luz Dary también lo amaba. Desde que tenía doce años y ahora con treinta y siete ella seguía sintiendo el mismo amor que cuando le dio por primera vez un beso en unas fiestas

de Pueblo Rico. En ese tiempo, cuando eran jóvenes, el gobernador era un muchacho tímido y no tenía solvencia económica ni mucho menos un discurso para recitarle a su suegro y convencerlo que era el indio indicado para hacer alianzas como esposo de su hija.

Pero mientras pensaba la mejor estrategia otro hombre indígena adinerado mayor que él y heredero de las tierras de la comunidad de Iumadé del Resguardo Unificado Chamí, se la conquisto, pidiendo la mano de Luz Dary de manera precipitada. Cosa que tomó por sorpresa a Manuel, quien por cierta timidez, por cierta montañerada, por temor de hablarle al ‘*Chañore*’, por temor de decirle a la muchacha que la quería para formar familia ocasiono una barrera en sus vidas amorosas mientras vivieran.

La familia de Luz Dary era de los resguardos de Andes Antioquia, pero su madre murió de un colerín una noche de luna llena después de tomar chocolate y comer aguacate con pan. Recuerda que no les dio tiempo de llevarla al hospital porque el cólico le empezó a las seis de la tarde y terminó con su vida a las nueve de la noche, sin que ella, sus ocho hermanas y los dos hermanos menores, pudiesen hacer algo más que una agüita con ramas silvestres. El padre se había marchado en la búsqueda del Jaibaná a pie por cuatro horas monte abajo, pero la mujer no resistió la espera.

Desde la muerte inesperada de la madre, el padre de Luz Dary comenzó a ofrecer a sus hijas al mejor postor, se mudaron al resguardo Unificado San Juan por el camino al Alto Barakirura en Pueblo Rico; y como el tambo quedaba al lado del camino ofrecía las ocho hijas a los hombres que pudieran darles buena vida a las niñas cuyas edades oscilaban entre los nueve y los dieciséis años. El padre necesitaba de manera urgente deshacerse de ellas

porque solo deseaba quedarse con los dos hijos varones quienes sí podrían trabajar la tierra y producir. Algunas de las hermanas de Luz Dary tuvieron mala suerte y fueron entregadas a arrieros que pasaban por el camino que conduce al Chocó y jamás las volvieron a ver, el padre entregaba a las *'Weras'* con el compromiso del hombre de *'dar comida, vestido y no pegar'*.

Luz Dary, era la ñaña del padre porque lo cuidaba y hacía los mismos gestos de la madre además de tener dos lunares iguales en la mejilla. Era una mujer de trece años con los dientes muy blancos, un cabello largo que cubría sus pechos, buen dominio del español y no deseaba abandonar sus demás hermanos hombres. Por varias ocasiones le dijo a su padre que no quería que le escogiera su marido como lo había hecho con sus demás hermanas, ella *'solita encontrar mokira y se iría del tambo cuando lo conociera'*. A Luz Dary le gustaba un hombre de otro resguardo, pero a duras penas se sabía su primer nombre. En unas fiestas interétnicas en el municipio de Pueblo Rico ellos dos se encontraron, Manuel y Luz Dary. Conversaron en español y tomaron fresco juntos, al final de la noche antes de que Luz Dary se fuera, se besaron de manera apasionada a la salida del baño del billar tradicional de la esquina del parque. Luz Dary se caso con otro hombre a los pocos días.

Algunas veces lograron verse de lejos sin poder hablar ni una sola palabra, era evidente que los dos se amaban y su semblante cambiaba cuando se encontraban en reuniones o se cruzaban en el restaurante comedor de la negra Ceci los sábados en Santa Cecilia. Alguna vez en una asamblea que hicieron en Pueblo Rico, Manuel tomó demasiado licor y declaró su amor en público a Luz Dary delante de los invitados. Pero debido a la ingesta de licor las palabras no eran claras y no pasó a mayores. Aun así, su hermano Gonzaga se dio cuenta de

todo y le aconsejó que no tomara licor cuando estuviera cerca de esa mujer, ni mucho menos con su esposo al lado, porque su atrevimiento podría ocasionar muertes en ambas familias.

Cuando salió WhatsApp y poco a poco la gente del resguardo comenzó a utilizar celulares, Manuel y Luz Dary pudieron cruzar los números en un grupo de los resguardos y contactarse después de mucho tiempo. Alguna vez después de tener sus propias familias y ya siendo adultos lograron verse a escondidas en el hotel de doña Rosa en Pueblo Rico, acordaron cada uno quedarse en una habitación diferente y luego él pasaría a la habitación de ella. Esa noche los dos pudieron desahogarse de las vidas que llevaban el uno sin el otro y de la suerte de haberse encontrado en los contactos del grupo de los dos resguardos del Pueblo Rico. Disfrutaron, se amaron, se besaron, se saborearon, olieron en su piel ese olor a leña, bosque y humedad característico del indio de esas tierras, tocaron sus manos toscas por el trabajo del campo y se rieron a carcajadas después de mucho disfrutar. A Luz Dary se le olvidó quedarse quietecita como debe quedarse la mujer Embera en su encuentro con un hombre.

A la mujer Embera infiel le va mal ya que es colgada de los brazos con un lazo o cuerda, luego golpeada fuertemente en público con un palo o garrote por su esposo y luego por los demás hombres, sin que nadie pueda defenderla, es cuestión de honor para un hombre y para la familia. Por lo tanto, el temor de Luz Dary al castigo público no le permitió seguir siendo infiel a su *'kima'* Rubiel. Solo se encontró una o dos veces más con Manuel y desapareció. Cambió de número, no le volvió a contestar, se desconectó de WhatsApp. Ella debió hacerle caso a las amenazas de su esposo quien al parecer estaba al tanto del romance y la amenazó con *'mochar cabeza si enteraba de traición'*. Ella amaba a Manuel, pero no se

atrevió a decirle la verdad, ni siquiera le dejó un mensaje. Se vieron por última vez en la fiesta del matrimonio de sus dos hijos ofrecida por Luz Dary y su familia en Iumadé.

A Luz Dary después de la partida de Manuel el gobernador, le pasaba que se desesperaba y ni el llanto podía calmarla, le tocaba irse para el monte a disipar la aburrición cortando leña, afilando machete, cogiendo primitivo o lavando ropa. Cuando estaba en el tambo debía hacerse en el humo del fogón para que las lágrimas se justificaran. La muerte de Manuel le jodió la vida a Luz Dary, quedó mal, enferma, desanimada y meses después a recomendación de una de sus hermanas se hizo un tratamiento con un Jaibaná de buena reputación para dejar la pensadera y combinado con perfumes traídos del Chocó lograría de manera parcial despejar los dolores del alma y del corazón.

CAPÍTULO 6. EL LLAMADO A SER JAIBANÁ

Ilustración 5. Ceremonia de *Benek'úa*.



Fuente: Daniel Montes Bolívar

A Gustavo Niaza le gustaba andar al lado de don Elías quien se ufanaba de ser un Jaibaná experimentado. Gustavo un indígena Embera Katío sospechaba de la falsedad del médico de su comunidad porque un día llevaron una niña con el cuerpo lleno de ‘*ewandama o buba*’ (cuerpo cubierto de llagas) y al Jaibaná se le ocurrió calentar una cuchara en el fogón de leña y quemar cada una de las llagas de la niña, incluso en sus genitales. Gustavito el aprendiz por mera lógica dijo que él no quería curar causando dolor a la gente. Días después el Jaibaná fue buscado por las autoridades luego de que enfermeras del hospital San Rafael de Pueblo Rico y agentes del ICBF se enteraran de la atrocidad cometida por un adulto

irresponsable causante de provocar quemaduras de tercer grado en el cuerpo de una niña de dos años.

Elías el presunto Jaibaná sabía cómo se atendía la picadura de una culebra amarrando un lazo o cuerda en la parte superior de la pierna, lugar donde generalmente pican las culebras y así poder detener el veneno. Luego se debe succionar con la boca el sitio donde fue picado y se debe arrojar la saliva en el piso como en forma de rechazo. Además de vez en cuando recomendaba una que otra fórmula. Era un falso médico que a costa de dicho prestigio se emborrachaba con el viche que llevaba la gente para que los curara. Aparte de eso cobraba doscientos cincuenta mil pesos por paciente fuese pequeño o grande. El timador de Jaibaná hasta mujer había conseguido con treinta años menos a punta de cuento y perfume que compró en el Chocó. Dicen que los Embera usan la planta sagrada del *'botuma'* con mandrágora para dar aroma y a quien ellos quieran quede enamorado.

En el mundo Embera, los espíritus de las enfermedades *'jai'* son quienes cantan en el jaibaná que significa poseedor de *jais*, contenedor de *jais* o una persona que posee una multiplicidad de apariencias (Losoncy, A. M. 1a990). Los jai se encarnan en su cuerpo para que este sirva como instrumento musical del mensaje de curación, porque los jai no tienen voz. Llegan con su canto al Jaibaná quien, en un estado de embriaguez consciente, los maneja, canta con cada uno una canción distinta y cura con ellos (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). Pero Elías no sabía cantar bien, ni tampoco curar, si mucho, se sabía una oración o dos y una canción con el mismo sonsonete que repetía y repetía cuando intentaba hacer curaciones.

Gustavito se lo fue analizando y no le volvió a creer desde el día que tuvo la oportunidad de ser invitado por unos amigos de otra comunidad a una ceremonia del *'Bene'kúa'* o chicha cantada, en la vereda Guayabal del Resguardo Unificado Chamí. Para el deseoso aprendiz fue una experiencia diferente a lo vivido y presenciado en los remedos de curación que hacía el señor Elías y de quien fue aprendiz hasta ese momento. No lo juzgaría y más bien trataría de aprender sobre el Jaibanismo en otras comunidades para llevarle el conocimiento a su colega. Eso sí, no dejaría que cobrará más *'chenejarra'* (plata) con sus experimentos de Jaibaná.

Elías el falso Jaibaná se las arreglaba para embolatar los enfermos, sacarles *'chenejarra'* y finalmente, ante la poca respuesta de los *'jai'* a las oraciones y cantos postizos, el enfermo debía ser llevado al hospital o centro de salud de Santa Cecilia por sus familiares al haber contraído enfermedad de blanco o *'Kapunia Jai'*, según el veredicto final del Jaibaná estafador que no sabía cantar ni curar.

Fue así que Gustavo decepcionado del poco conocimiento de Elías el falso Jaibaná, decidió emprender el viaje a caballo hasta otras comunidades del Resguardo Unificado Chamí para buscar médicos tradicionales que pudieran enseñarle los oficios de la salud y la enfermedad siempre y cuando tuviesen voluntad y no le cobraran. Teniendo en cuenta que en las comunidades Embera Katío de su propio resguardo ninguno de los Jaibanás experimentados quiso hacerlo gratis y debió cambiar su camino de aprendizaje hacia otros resguardos.

Desde pequeño Gustavo sentía presencias, voces que lo llamaban y ruidos en la noche. Por mucho tiempo anduvo con encendedores de linterna para alumbrar en la oscuridad cuando escuchaba ruidos hasta que se acostumbró. Por eso tenía la inquietud de aprender los tejemanejes de un médico y sacerdote tradicional Embera. Con esa evidente voluntad se puso a estudiar y a apuntar todo cuanto le decían don Joaquín el jaibaná de la vereda La Loma con el cual se encontraba cada veinte días en Santa Cecilia o cada mes para recibir sus enseñanzas y don Ramiro el jaibaná de Guayabal, con quien debía encontrarse después de un recorrido por más de cuatro horas desde el río Guarató pasando por Dokabú hasta la Punta y luego seguir camino a Guayabal río Agüita adentro.

Los Jaibanás se hacen por herencia y por llamado (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). y al parecer Gustavito lo era por llamado porque su familia no tuvo Jaibanás. Él mismo se forjó la obligación de ser uno y ya habían pasado alrededor de quince años sin la presencia de un verdadero Jaibaná en su comunidad que hiciera rituales y curara enfermedades, un sabio y brujo de la noche con bastón, banco y multitud de jais mansitos bajo su orden (Vasco Uribe, L. G. 1985).

Para llegar a ser un verdadero Jaibaná se debe poseer uno o varios bastones hechos de la madera del balsa y nogal, que le servirán como recipientes para depositar los jais. Un banco donde se sentara a cantar y donde también deben ir depositados los múltiples jais que son de propiedad del Jaibaná y que los ha recogido durante toda su vida y aquellos que deben ser incorporados con plantas dulces y amargas, así y solo así tendrá un pueblo de jais en esos tres recipientes, su cuerpo, el bastón y el banquito (Pardo, M. 2020).

Gustavo escucho decir que un jaibaná vendía los bastones a trescientos mil cada uno con la oración y que ofrecía una cantidad no menor a cinco bastones para aquel jaibaná que quisiera iniciarse en el camino. Por un lado, el interesado no tenía un salario estable que permitiera hacer aquella inversión y debía crear alguna alternativa para solucionarlo. Por eso empezó a interesarse en la talla de la madera, actividad que hacían sus abuelos en Chocó cuando él era niño con fines de uso doméstico como canoas y recipientes de cocina. Tenía ese conocimiento en su sangre y debía soñar espíritus que le comunicaran como hacerlos de una forma técnica y ágil que le permitieran hacer los bastones y tallas del ajuar jaibanístico sin costo alguno.

Poco a poco y con mucha dificultad Gustavito fue aprendiendo a hacer los bastones y figuras con la madera del árbol del balsa, el cual se le hacía más fácil para manejar, y le permitía sacar figuras de todos los tamaños y formas. Con un par de gubias que consiguió en Pereira ensayaba a darle forma a los pedazos de madera con intentos de figuras zoomorfas, antropomorfas y cosas comunes como un avión, una iguana o un ave. Lentamente aprendió a copiar de memoria las múltiples esculturas en madera que hacían sus amigos los jaibanás, a quienes por el tiempo en el oficio se les hacía fácil hacer y esculpir de manera rápida y perfecta. Otras veces se la pasaba en vela bebiendo licor destilado para lograr concentrarse y escuchar las canciones enviadas por los jai para curar enfermos, porque Gustavito lo dijo desde un principio, ¡no iba a hacerle daño a nadie!, promesa que hizo al monte cuando decidió emprender el camino del Jaibaná.

Gustavo el nuevo jaibaná, venía sintiendo meses atrás una sombra oscura que se le acercaba en los sueños revuelta con el sonido de muchas voces de personas como si fuera

fiesta. Cuando se iba al campo le tiraban terrones y un grillo lo acompañaba y le silbaba todo el día. El aprendiz de jaibaná estuvo practicando algunos trucos para no emborracharse y aprender a manejar el viche y el aguardiente, salando bien el estómago para que no lo agarrara la borrachera. Algunas veces se inventaba oraciones y las apuntaba en una libreta para repetir las una y otra vez. Consuelo su mujer lo escuchó una noche en plena lucidez renunciando a dios y a la fe cristiana. Lo oyó diciendo que él era jaibaná Gustavo y que ya no iba a volver a creer en dios, ni asistir a misas, ni a creer en padres cristianos. Ahora el jaibaná Gustavo iba a ser sacerdote él mismo. Eso para que los jais vengan, sí el Jaibaná es católico y asiste a misas ellos no arriman, dijo su mujer.

Con los días se fue convenciendo de que tenía los dones, soñaba cosas extrañas de mensajes de animales y de ríos lejanos. Desde pequeño escuchaba voces, pero solo fue desde que empezó con el interés de ser un brujo que se intensificaron y se volvieron más frecuentes. En el día era agricultor. Le gustaba sembrar en el monte diferentes alimentos y por su buena mano y fama de conocedor de las lunas, tenía a cargo las tierras de sus padres y tías.

Era un excelente administrador de la tierra y para la siembra utilizaba el método de la semilla tirada o regada que aprendió con su padre. La ahuyama, el ají, el maíz nativo, el frijol *chengüe* eran algunas especies que sembraba y limpiaba a mano y machete la maleza grande para que el sol les diera a los nuevos brotes. En las noches se ponía a practicar y a ensayar con las hojas de bijao, las velas y el viche. Para volverse resistente a ese licor debía tomar de seguido sin embriagarse y utilizarlo como camino de comunicación con los 'jais' (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). Para poderlos escuchar, debía estar fuerte en un estado vigilante que hay entre la lucidez y la borrachera.

Cuando los *jais* se le aparecen súbitamente a un joven pueden haber posibles espíritus auxiliares en busca de dueño para iniciarlo como jaibaná (Almario, O. 1997). Al parecer Gustavito era buscado por los *jais*, pero aún no sabía cómo controlarlos, recibirlos como regalo, comprarlos o recogerlos en las orillas y nacimiento de los ríos. Sabía además que existían lugares arriba en la montaña donde el futuro Jaibaná podía ir a buscar espíritus y convencerlos de que se vayan con él (Ávila, S. A. 2014) y así conformar su propio y respetado ‘pueblito de jais’.

Un Jaibaná mayor le aconsejó que debía buscar el árbol de Jeneñé y allí convocar con una oración propia al ‘Jai Sarra’ espíritu que dirige al pueblo de espíritus asentado en las copas de los árboles (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014) pero por en el mes del año en que se encontraba no podía hacerlo. Esto solo lo podía realizar cada año en semana santa y aún faltaban algunos meses. Al menos debía saber dónde estaba ese árbol del *Jeneñé* en su montaña para seguirlo visitando y trabajar con él.

Debía por lo pronto salir a buscar *jais* y con ellos curar a enfermos para que le creyeran de una vez por todas y la comunidad supiera sus capacidades de brujo. El aprendiz de Jaibaná en los sueños veía los *jais* como sombras negras o panteras, sentía su presencia despierto y los escuchaba como en una algarabía. Además, su cuerpo, como un receptor de energía, comenzaba a sudar frío, a temblar y a pedir viche cuando los sentía cerca.

A medida que se fuera encontrando los jai el jaibaná aprendiz debía ir metiéndolos a un banquito con forma de tortuga heredado de Don Elías el falso Jaibaná quien se lo obsequió cuando era su aprendiz. Otros *jais* debía meterlos en su cuerpo a punta de baños con plantas

especiales y a otros meterlos en los bastones del Jaibaná, que él mismo fabricaba y a los cuales también se les dice '*duma*'. El primer bastón sencillo de principiante que tuvo Gustavo, fue obtenido por medio del Jaibaná de la comunidad Guayabal, sin ningún precio. El viejo sabio y observador detectó en el muchacho profundos conocimientos y un futuro potencial como médico tradicional, por eso le regaló un bastón viejo para motivarlo, teniendo en cuenta que hoy en día es difícil encontrar Emberas con 'familiar' (Pardo, M. 2020) alguien que pueda sentir los espíritus, sea sensible a ellos y decida irse por el profundo y tedioso camino de ser Jaibaná.

Para el año dos mil seis en Riosucio Chocó hubo una oleada de suicidios y los Jaibanás por el hecho de poseer poderes, entre los mismos indígenas los juzgaban por ser los causantes de estos suicidios. Los asesinaron brutalmente por haber cometido estos males de mandar '*jai*'. A partir de ahí los Jaibanás decidieron no cantar o emigrar y los jóvenes dejaron de formarse para ser Jaibanás (Sepúlveda López de Mesa, R. I. 2008).

El día que Gustavo se arriesgó a subir a la cordillera entre sobrio y borracho y un poco mareado por el tabaco, debía decirle a los *jai* que se fueran con él, que si no tenían dueño él se los iba a llevar para trabajar juntos. A cambio, Jaibaná Gustavo les ofrecía licor, bailes de niñas vírgenes, coronas de flores, comida, dulces, confites y mujeres bonitas para que se amañaran y cantarían con él canciones para curar. Debía convencerlos a como diera lugar.

Los '*jai bia*', eran los espíritus buenos que Gustavito deseaba convidar para curar los enfermos, pero debió también llevar de la montaña aquellos '*jai de agresión*' para

contrarrestar las enfermedades y sanar también con ellos. El aprendiz de Jaibaná tenía enseñanzas a medias de sus otros colegas quienes le contaban por encima las mil y una labores de un Jaibaná. Para Gustavito lo que tenía más valor era ser un Jaibaná de esos que aprenden en la soledad sin necesidad de maestros y que se van a la montaña a trabajar con los mismos espíritus sin ningún intermediario (Pardo, M. 2020).

Cada Jaibaná por medio de su conocimiento adquirido tiene su propia versión personalizada de las ceremonias, las canciones, las decoraciones y lo más importante es el universo espiritual con el que se relaciona y lucha por controlar (Pardo, M. 2020). Las comunidades dudan de los Jaibanás, pero una vez curan a una persona y la noticia se riega, la gente empieza a visitarlo desde las montañas cercanas y lejanas. Así, el precario prestigio del Jaibaná aprendiz no se duda por su efectividad del aprendizaje directo con los *jais*, sino si realmente el individuo ha logrado dominarlos y logra curar con ellos (Pardo, M. 2020).

Para el año dos mil veinte cuando se avecinó una pandemia mundial hacia los resguardos, Gustavo estuvo curando la gente en compañía de un yerbatero y una partera. Hicieron un bebedizo con más de diez ramas del monte y le daban a la gente para que se curara. Ninguno dijo que contenía la bebida, pero lo que se sabía era que quien la bebía se ponía a sudar y a vomitar un líquido verdoso, y luego de eso se aliviaba el enfermo. No le pusieron precio al remedio y repartieron a diestra y siniestra en todas las comunidades indígenas y negras para que no se enfermaran. Los tapabocas y demás material de cuidado no fueron utilizados por las comunidades. En el corregimiento de Santa Cecilia en tiempos de pandemia muy pocas personas usaban protección y fueron escasos los que murieron por

esa causa. Eso sí, se incrementó la malaria, la leishmaniasis y la tuberculosis, enfermedades con las que han lidiado desde la conquista.

Desde Cuna Gitó una comunidad a tres horas de la vereda del nuevo Jaibaná, se vinieron los rumores y comentarios enviados por los caminos y se dio a entender que el trabajo de Gustavo no era bienvenido por los Jaibanás Katíos, que si bien no quisieron ayudarlo en su búsqueda espiritual tampoco iban a permitir que él, empezara a cantar la gente sin cobrar mayor precio y sin ningún apoyo jaibanístico de ellos. Los maestros de Gustavo eran Embera Chamí y los demás brujos Katíos de su resguardo no estaban de acuerdo con esas enseñanzas. Decían también que esos brujos de otra parte no le cobraron al principiante de Jaibaná y por eso su conocimiento era menos valioso porque no le enseñaron bien la magia ni le ofrecieron ritual de iniciación.

Pero lo que ellos no sabían era que Gustavito aprendió solo lo básico de los Jaibanás Chamis ya que estos guardaron cierto recelo por ser de diferentes resguardos, situación que provocó que él nuevo Jaibaná aprendiera solito y se iniciara en el monte con viche, chicha y tabaco sin ninguna compañía humana. El mismo día que decidió subir a buscar los jai para formar un pueblito de espíritus en su poder, pudo iniciarse de forma autónoma cuando en el camino se encontró con un bulto entre humano y animal que le indicó dónde debía sentarse a esperar la gente o los jai. Ese día pudo ver toda clase de espíritus, conversar con ellos e invitarlos a trabajar juntos.

Mencionó a su esposa al regresar del monte que sintió una especie de borrachera con mucha felicidad y escuchaba y veía claramente los protectores de las plantas y la tierra.

También vio al guatín y al armadillo, junto con el grillo que lo acompañaba en el monte en los días más sensibles a los espíritus. Todo el día el Jaibaná es Jaibaná, no es por las noches, ni de vez en cuando y Gustavito lo entendió claramente desde ese día de la montaña. Poco a poco se fue entregando a la labor y todo el día se la pasaba organizando los ajuares y objetos de un verdadero Jaibaná. Estaba aprendiendo de manera acelerada y eso asustó a los Jaibanás experimentados de los alrededores.

“El prestigio y poderío del Jaibaná depende de su dedicación para aprender” (Pardo, M. 2020). Y en eso Gustavito les ganó, todo aquel aprendiz que estuviese en el camino del jaibanismo por esos días fue opacado por Gustavito y solo se hablaba de él en las comunidades aledañas y dispersas. Había aprendido de manera personal a cantar la chicha con el ritual del bene’kúa con el cual sanaba de manera muy efectiva a sus pacientes.

Ningún Jaibaná tan vivaz y sabio había estado por esas comunidades desde hacía mucho tiempo. Los que había no generaban miedo y temor como lo llegó a generar Gustavo los últimos días de su vida. Algunos decían que Gustavito había incorporado en carne y hueso a un viejo Jaibaná asesinado que había sido el patriarca de los Katíos en el río Colorado en el departamento de Chocó y que había venido a continuar su labor y sus venganzas. Dicen que unas veces lo veían en el monte sembrando y al mismo tiempo lo veían en otra comunidad en compañía de dos personas que no se sabía quiénes eran, como si tuviera el poder de la ubicuidad. Aunque Gustavito era benévolo muchos le temían.

Tenía numerosos hijos y a todos los estaba entrenando para que le ayudaran en las ceremonias o rituales. Una de ellas, Griselda de 17 años y quien tenía dos niñas, enseñaba a

las hijas y hermanas pequeñas la forma de organizar las totumas y los alimentos para los invitados y los jai. El Jaibaná Gustavo era de los que pensaba que, hacer bene'kúa cada quince días era necesario para mantener a los *jais* alertas y trabajando, porque puede pasar que ellos se vayan si no ven canto o fiesta, se les llame para trabajar y no vengan, por eso hay que hacer cada quince días para que ellos estén alertas para curar cuando el Jaibaná los necesite, a eso se le llama cantar jai o poner banco (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014).

Griselda llevaba la responsabilidad en las ceremonias, a la chicha debía prepararla días antes con su madre y las demás niñas de la casa. Unas totumas pequeñas servirían de recipientes para llenarlas de viche, chicha y aguardiente. Los Emberas tienen dos tipos de chicha, la de consumo normal y la de las ceremonias (Pardo, M. 2020). La chicha dulce de maíz es uno de los elementos de la ceremonia del '*benek'ua*' hecha por mujeres jóvenes, mujeres vírgenes y mujeres impúberes, escogidas por el Jaibaná. Pero, no es algo para constreñir el ejercicio oportuno del médico tradicional o Jaibaná, si se hace necesario un '*benek'ua*' para curar a alguien de manera urgente el Jaibaná le solicita a una mujer que haya cerca, su asistencia en el procedimiento del canto (Pardo, M. 2020). Las comidas y vendimias para los invitados vivos y espíritus la preparan las '*weraras*' y son ellas quienes al otro día de la ceremonia pueden dar el permiso a los invitados de carne y hueso para consumir los alimentos que dejaron los espíritus una vez saciaron su apetito (Pardo, M. 2020).

Hay un escenario que elaboran los Embera para hacer los cantos del Jaibaná y que adornan con hojas de jipijapa y palma entretrejidas en esterillas de 'bambusa' guadua. Se improvisa un andamio con una mesa, un techo redondo con una entrada y una salida, allí las mujeres colocan las ofrendas dejadas a los invitados especiales del brujo y se disponen a sus

indicaciones, mientras la gente va llegando y van tomando la chicha dulce (Pardo, M. 2020). En una hoja de bijao por la parte blanca deben escupir el maíz masticado una y otra vez, al mismo tiempo se van cuadrando los alimentos en diferentes platos, confites, (Pardo, M. 2020) y se van poniendo los elementos del Jaibaná, los cuales guarda cuidadosamente en el techo del tambo hasta cada ceremonia.

Las personas deben estar pintándose con la *'kimpara'* los pies, las manos y la cara con diferentes diseños según lo indiquen las mujeres que pintan los cuerpos y quienes dan los significados a cada línea para estar protegidos de las enfermedades y los demonios en la ceremonia (Pardo, M. 2020). En los Embera la enfermedad trasciende el nivel individual desarmonizando el espacio colectivo, en este caso es la misma comunidad la que se enferma y es ella misma quien debe propiciar el restablecimiento de la salud para quedar libre y sana, una vez es recuperado el paciente (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014).

El Jaibaná tratante en este caso Gustavito debe tener mucho poder para llegar a *'ver'* aquello que produce el desequilibrio y la manera de remediarlo superando con su canto al jaibaná causante (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). El espíritu de Gustavo una vez entra en el trance por medio de la embriaguez del licor, se puede comunicar con los dos mundos, el mundo de arriba y el mundo de abajo situándose entre lo material y lo espiritual. El Jaibaná cuenta con la suerte de ser el único entre los Emberas que puede comunicarse con los jai para obtener sus servicios (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). En la mañana las mujeres después de ser desmontado el escenario de las ofrendas, darán permiso para comer y algunas cosas serán llevadas al monte para desaparecerlas en la

espesura de la montaña, junto con los *jai* hechos de madera los cuales representan la enfermedad que aquejaba a la víctima (Pardo, M.. 2020).

Cuando llegó la oleada de suicidios al resguardo de Gito Dokabú desde el Chocó y al resguardo Unificado Embera Chami desde Mistrató, los afectados eran llevados donde Gustavo. Aunque anteriormente se le había informado desde el Chocó por parte de su familia que allá se había expandido el '*jai de wawamia*' y '*el jai tontina*' por todo el territorio y la gente se estaba quitando la vida muy a menudo. Y que allá, los Jaibanás habían tenido que pedir ayuda externa, porque ellos solos no fueron capaces de darle cura a ese síntoma enviado y manipulado por ellos mismos.

Algunos mencionan haber visto a un animal o monstruo sin cara que los llamaba en los sueños y en la mañana se levantaban débiles sin energía como si este mundo material no les importara. Por un tiempo en el Chocó las instituciones debieron acudir a las solicitudes de las comunidades e ingresar con proyectos de toda índole para detener los decesos en los resguardos (Sepúlveda López de Mesa, R. I. 2008). Aunque en el Chocó ya se venía sintiendo desde los años noventa, sólo fue después del dos mil que se acrecentó la muerte a mano propia en los resguardos de Risaralda.

En el año dos mil veintiuno mensualmente se suicidaba un indígena Embera en Pueblo Rico, como si se pusieran de acuerdo, un mes lo hacía uno del resguardo Unificado y otro mes uno del resguardo Gito Dokabu. Incluso hubo un fin de semana en Pueblo Rico que se juntaron tres suicidas en un mismo velorio, todos de diferentes comunidades, pero unidos por algún lazo lejano de consanguinidad.

Muchos de los suicidas llegaban a la comunidad de Gustavo llevados por sus familias para que les cantara la chicha bien cantada y algunos de esos pacientes con dos o tres '*benek'ua*' lograron aliviarse. Cuando la cosa se les complicaba a los potenciales suicidas les daba una crisis de desesperación y comenzaban a revolcarse en el piso, las mujeres jalaban su cabello y lanzaban gritos de ultratumba, los hombres como osos gigantes duplicaban su fuerza y nadie podía contenerlos.

Los ataques podían ir de la mano de voces guturales que salían de las entrañas de los afectados. La revolcadera decía algunos, '*wawamia*' decían otros, incesto, falta de pareja, problemas mentales decían, ¡locura! En fin, un sin número de causas que ni aun uniéndolas podrían explicar la muerte por mano propia que, como una bola de nieve se fue intensificando en familias enteras. Para Gustavito la '*wawamia*' y la 'loquera' eran '*Jaibaná jai*' una enfermedad enviada por un Jaibaná maléfico y de la que existían varias formas como la loquera bailarina, la loquera cantadora, la loquera peleadora, la loquera hablantina o la que dejaba muda a la gente (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014).

Mientras la comunidad asistente se preparaba para las ceremonias de los '*benek'úas*' hechas para aquellos que estaban con *jai* de '*wawamia*' o '*tontina*', los tres perros flacos de la casa del Jaibaná, Cholo, Tito y Bania y los dos gatos misis deberían ser espantados fuera de la casa. Además, los *jai* invitados se podrían sentir incómodos con los bullosos y se dejarían afuera hasta el amanecer.

Para quitar las impurezas dejadas por personas, animales y espíritus el Jaibaná esparciría humo de tabaco y agua de albahaca, rociándola por todos los rincones, son una de

las cosas para defenderse de los '*jai*' porque el *jai* como todo lo que se puede esconder le gustan los rincones y espacios cubiertos, todo lo que se pueda convertir en un recinto para un *jai* como canastos, cajas o botellas, se deben voltear (Ávila, S. A. 2014). Las mujeres organizarían las ofrendas a los *jais* y toda la decoración.

Al niño pequeño del Jaibaná Gustavo con cuatro años de edad le ocasionaba cierta repulsión los *benek'úas* y trabajos de su padre, por eso debía ser enviado a la casa de la abuela cada quince o cada ocho días para que no pasara malas noches y malos sueños. El niño veía cada demonio que llegaba como invitado a las fiestas de su padre, podía verlos con cara derretida, cara de perro de monte, cara de pájaro, cara de iguana y a medida que pasaba la noche, los demonios se iban apoderando de la casa, y con un temor inmenso el niño se tapaba los ojos y comenzaba a llorar. Ya habían sido dos veces en las que se tuvo que parar el canto por el llanto incontrolable del niño. El Jaibaná dijo a la madre que para la próxima ese '*warrandica*' no debería estar ahí interrumpiendo los cantos, y por suerte del niño lo mandaban lejos del tambo. Muy posiblemente dijo Gustavo alguna vez, sería un futuro Jaibaná por herencia, pero por ese momento era mejor evitar sugerencias.

Los *jai* acuden al Jaibaná por medio del sonido del caracol que hace sonar a manera de anuncio o llamado (Pardo, M. 2020). Los invitados deberán permanecer bebiendo y acompañando al Jaibaná para sanar con su presencia y su energía. Así como debe estar presente el pueblito de *jais* no humanos, debe estar el otro pueblo pero de humanos que con su vitalidad y presencia desean vencer a un *jai* agresor que afecta el cuerpo del vecino o familiar (Pardo, M. 2020).

El Jaibaná no podía estar distraído y en eso Gustavito parecía un sabueso. Tenía un oído desarrollado y ese era uno de sus talentos. Contaba con la capacidad para escuchar los espíritus que le iban contando por medio de presentimientos o sueños quien fue que le mandó ‘el achaque’ o enfermedad al Emberá y como podía proceder para curarlo, esa era su ventaja ante otros colegas. De esta forma el brujo se adelantaba a los jai agresores y en su ceremonia era posible de acuerdo a su fuerza tener los jai obedeciendo y doblegándose ante el poder de sus cantos. Debía ser un brujo más poderoso que el agresor. Haciendo expulsar la enfermedad del cuerpo del paciente poseído, ayudado de las succiones, baños, imposición de bastón, totumas, hojas de bijao, tallas en madera y su canto hasta el amanecer.

Para sanar a la mujer o al hombre con *wawamia* y locura, el Jaibaná debería utilizar el ‘jai de flor’, específicamente para quien se arrancara el cabello, tuviese ataques de histeria con cualquier persona o simplemente se encontrará aburrido y se metiera para el monte a correr por las orillas de los ríos sin causa alguna (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014). El Jaibaná en sus cantos debe ordenar al ‘espíritu del sueño’ para que espante la tristeza y devuelva la alegría a la cara, porque dicen que la loquera y la ‘*wamia*’ son la pérdida del rostro (*kira adua*) y la persona solo conserva su cuerpo humano (Ávila, S. 1998), el ‘jai disco’ podría ayudar a volver a vivir alegre como cuando uno está escuchando música (Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. 2014), el jai avión ayudaría al enfermo para que el ‘*jaure*’ o alma perdida se suba en él y pueda regresar más fácil del mundo de los muertos, o jai de ave gigante para que los trajera en el lomo. Luego de que el enfermo es cantado en la ceremonia del *Benek’úa* y ésta resulta ser efectiva, su vida cotidiana regresa nuevamente a la normalidad y la armonía es devuelta a la comunidad.

Gustavito cobraba un valor considerable por cada paciente, aunque en su voluntad de buen Jaibaná y con el caso de don Elías, sentía que tenía una deuda por todo lo que aquel falso médico había realizado a las comunidades por años. Reivindicar el oficio venía haciéndolo como una meta personal para que otros Jaibanás se interesaran en tan milenarios conocimientos como él lo venía haciendo hasta ese momento y no tenía ningún problema en compartirlo con otras personas o jóvenes curiosos.

Después de curar una gran cantidad de pacientes que venían incluso desde Chocó a buscarlo, no pudo salvar a un familiar muy cercano y a dos amigos suyos del ‘achaque de *wawamia*’, y de la tristeza por aquellas pérdidas, se debilitó y empezó a sentir la disminución de su potencial como sanador. Aunado a esto, algunos Jaibanás de Cuna, Cortijo y Bajo Gitó, estaban celosos del Jaibaná Gustavo y le empezaron a nublar los espíritus. Gustavo se empezó a asustar al perder sus poderes que con tanta lucidez tenía después del día de la iniciación y esa capacidad que había adquirido para sanar se le fue yendo de las manos.

Otros Jaibanás se empeñaron en mandarle espíritus dañinos para probar su fuerza. Se le olvidaron los cantos, estaba desubicado, a los *jais* los veía borrosos como detrás de una candela con mucho humo que no le permitía mirarlos, además le ardían los ojos para concentrarse. En el lenguaje de Jaibanás se dice que quedó con la vista nublada o le nublaron la vista (Pardo, M. 2020). Pero él, seguía escuchando los *jais* como al principio de su camino de neófito, los escuchaba como un radio viejo sin sintonizar. Fue lo único que le quedó, y por supuesto sus sueños.

En un sueño un espíritu le anuncio que fueron cuatro Jaibanás los que le nublaron la vista mostrándole los rostros conocidos de colegas de otras comunidades y entre ellos el rostro del falso Jaibaná Elías. Vaya sorpresa que se llevó Gustavito al atar cabos y entender por qué el otro Jaibaná se había mudado a la montaña y no había vuelto a darle la cara por su comunidad, también recordó que alguna vez se lo encontró en Santa Cecilia, pero no pudo saludarlo porque se desapareció en un torbellino de humo en el cruce de una esquina.

El Jaibaná Gustavo debía tener un encuentro físico con sus contrincantes por causarle el problema de la vista borrosa y obstruir su trabajo adelantado con la comunidad. Después de sueños y pesadillas por casi dos meses peleando con cuanto monstruo y espíritu maligno y levantarse cansado y enfermo de tanto luchar, se rindió y decidió ir personalmente a la casa de Elías y mandar razón a los otros Jaibanás para que le devolvieran sus conocimientos.

Los Jaibanás comprometidos en el caso deberían negociar. Gustavito no curaría más esas enfermedades de *'Jaibaná jai'* como la *'wawamia'* o la aburrición y ellos le devolverían sus capacidades para ser un Jaibaná. Pero en el caso de que no aceptaran él mismo tendría que batirse a duelo entre la vida y la muerte con ellos o abandonar el Resguardo. Jaibaná Gustavo no quería hacerle cosas malas a nadie y eso prevaleció por encima de las circunstancias que lo obligaban a pensar mal para mandarle jai a los otros brujos. Pero no lo hizo, y en una guerra que duró meses Gustavito logró dañar cultivos, mandar lluvias y soles intensos, tormentas y borrascas, ordenaba a la quebrada la Cristalina y al río Gitó aumentarse en tamaño para que la gente de las comunidades de Cortijo y Cuna Gitó no pudiesen bajar a Santa Cecilia, pero nunca le hizo mal al cuerpo de otra persona.

Gustavito supo que iba a ser una guerra larga y que muy posiblemente si no se iba lejos del resguardo perdería su vida. Pero no le importo, debería salvar su pueblo del '*jai wawamia*' enfermedad de '*Jaibaná jai*' que era utilizada para manejar venganzas y ejercer la dominación de los jai por su dueño dentro de un territorio. Él había sido el único médico tradicional incluso comparado con los Jaibanás del Chocó quien había logrado hacer algo para detener el '*jai wawamia*' enfermedad que venía haciendo estragos por todas las comunidades Emberas y que hasta ese momento se venía manejando de forma irresponsable por los Jaibanás.

El Jaibaná en el día tuvo que vérselas con encuentros extraños de culebras, animales ponzoñosos como escorpiones, arañas y avispa, que lo querían picar o árboles que súbitamente se desplomaban a su lado como con ganas de aplastarlo. Cuando iba en la bestia o mula el animal le relinchaba y no lo llevaba, por varias veces lo tumbo hasta que no pudo volver a montarse. Su mujer le decía que 'eso era porque caballo ver los demonios que venían a matar al dueño'.

Mientras tanto Gustavito, había logrado mantenerse con vida y permaneció en su casa como un hombre frentero que no le temía a nada. En las noches cuando no estaba dormido luchando con *Aribadá* antiguos y Jaibanás malvados, podía escuchar las pisadas de animales que rondaban su tambo, como en amenaza de comerse todo aquel que se encontrara delante. Cuatro machetes tenían en la casa, uno mohoso y otros tres que se mantenían como una barbera al lado de la escalera hecha de una guadua y que se entraba en las noches. Si llegado el caso un animal de estos se atrevía a entrar a su casa, se le atendería con peinilla, machete

y lanzas manuales hechas con el árbol de guayabo y la incrustación de puntas de cuchillo sin cachea.

Un fin de semana al llegar el alba, el Jaibaná se levantó muy enfermo y se puso las botas pantaneras. Según su compañera ese día le dio como una asfixia en horas de la mañana y un malestar general que lo desesperó. Nunca se iba para el monte sin tomar o comer nada porque ‘si lo picaba culebra lo podía matar’, pero ese día no le puso cuidado a eso. Había pasado una mala noche con demencia y somnolencia. De un momento a otro recuerdan los que lo vieron en su casa, brincaba y gritaba con un dolor en el pecho muy fuerte y desapareció para el monte. Le dijo a su mujer que no lo siguiera, la esposa esperó que él solito se quitara el dolor y no lo siguió obedeciendo a su orden.

Lo que no supo su mujer fue que el Jaibaná tuvo un encuentro con tres Jaibanás en el monte que lo llamaban con el pensamiento chuzando su corazón, a la vez que le indicaban a dónde dirigirse y ante el poder de aquellos tres brujos pero con la intención de salvar su pueblo, Gustavito decidió colgarse de un bejuco en el árbol sagrado del *Jenené* como señal de que él sería el próximo ‘*jai Sarra*’, patrón de los pueblos de *jais* o el mismísimo *Aribadá*, para tomar venganza desde el mundo de los muertos y proteger su pueblo. En el tiempo de los espíritus el Jaibaná esperaría en las copas del árbol del *jenené* para formar en el futuro a su hijo como un Jaibaná por herencia con su pueblito propio heredado de *jais*.

CAPÍTULO 7. ‘WARRA ICHI KOIDA BOBARY ABURRIBUKA’ (EL NIÑO QUE VIVE APARTE COMO ABURRIDO)

Un lunes cualquiera en horas de la mañana un hombre Embera llamado Bernardo salió de su tambo en compañía de su hija Juliana que estaba a punto de cumplir catorce años, Breiner que tenía doce años y medio, Esneider que había cumplido once años y Antonio de nueve. Bernardo acompañó a los niños que iban a estudiar hasta una parte del camino a la escuela para luego descolgarse por la montaña a paso largo por tres horas hasta la fonda de Itaurí. Allí debería cambiarse la ropa y las botas pantaneras por unos zapatos limpios, el pantalón y la camisa de trabajo por otros, para luego esperar el bus de la empresa Arauca que venía desde el departamento de Chocó hasta Cali, ciudad donde tenía un evento para las víctimas de la violencia y una exposición de artesanías autóctonas.

El tambo de la familia estaba en medio de dos veredas Puerto Leticia y el Diamante, pertenecientes al Resguardo Unificado Embera Chamí Río San Juan. El camino cuesta arriba a la escuela del Diamante estaba lleno de pantanos y huecos que hundía a los niños en barro desde la punta de sus pequeños pies hasta más arriba de las rodillas. Si de pronto a alguno se le quedaba una bota atrancada por el barro, entre todos se ayudaban a salir del apuro. La escuela se encontraba a unos veinte minutos del tambo familiar, andando a paso de indio. Juliana la hermana mayor llevaba en una bolsa las zapatillas negras de cuero con cordón de uno de los niños y las Crocs de los demás zapatos limpios para ser puestos una vez llegarán a la escuela. Tampoco podía faltar una toalla húmeda para limpiar el pantano excesivo en las piernas de todos. Otras veces subían en mula cuando los caminos se ponían intransitables por el invierno en los meses de septiembre y octubre.

En este último embarazo la mamá de Breiner evitaba comer muchos dulces y aguantaba antojos porque no quería que su hijo se pasará de peso y la hiciera sufrir en el parto. Además, ella al igual que las demás mujeres Embera del resguardo Unificado Chamí debía parir sus hijos en el monte. Lastimosamente la mujer no pudo conseguir una partera a la mano durante su último parto y se le estaba complicando dar a luz.

En un lugar limpio y adecuado entre los árboles, la embarazada se puso en cuclillas y comenzó a pujar dolorosamente agarrada de las ramas y de la mano de Juliana su hija. Al recién nacido le cortaría ella misma el cordón umbilical con unas tijeras quemadas en el fogón de leña y lavadas con alcohol. Una vez retirada la placenta en un último esfuerzo, ésta debía ser llevada en un canasto y enterrada cerca de la casa familiar para que indicará el lugar de nacimiento y el nuevo niño tuviera un apego a su territorio. Este último hijo de Carmen nació con mayor peso que el de los demás Emberas y a la madre se le dificultó tenerlo. Por esta razón debía permanecer algunos días en reposo mientras sanaba la anemia y los entuertos postparto que le provocaban un dolor infernal en el estómago.

La madre no se encontraba muy bien, además, no había lavado la ropa de la familia en muchos días porque debía estar cuidando al recién nacido. Las niñas ayudarían a lavar la ropa de los más pequeños, pero no les alcanzaba el tiempo para atender la limpieza de toda la casa, cocinar y traer comida del monte. Tenían arrumada la ropa sucia de una semana en un rincón, la cual deberían lavar en el río por tandas en las tardes después de llegar de la escuela. Breiner se encargaba de cortar, apilar y cargar leña dentro del monte para alimentar el fogón del tambo. En alguna ocasión aprovecho a cortar un racimo de plátano primitivo y

remontó algunos gajos a la punta del pesado canasto terciado a su frente. Los otros gajos los dejó tapados atravesando algunas hojas de la misma mata para llevarlos luego.

Bernardo el padre, se dirigía como invitado especial a un evento para víctimas de la violencia llevado a cabo en las instalaciones de una reconocida universidad en la ciudad de Cali. Esto gracias a su destacada labor como gobernador menor y su habilidad para hacer pectorales con dibujos de animales. Días atrás aprovechando el viaje al evento, toda la familia estuvo haciendo variedad de collares, aretes y manillas con vistosos colores y diseños, para ser vendidos en Cali. Dicho evento reuniría representantes de todos los pueblos indígenas del país desplazados de sus territorios, con un puesto por resguardo para mostrar sus productos y artesanías. Mientras que Bernardo se encontraba en medio del viaje y la madre se recuperaba de un parto doloroso, los niños quedaron bajo el cuidado de Juliana y Breiner, quienes eran los más atentos para encargarse del cuidado de la familia a partir del día que el padre partió.

En Cali, Bernardo se encontró con viejos y buenos amigos que sabían cómo conseguirle un puesto bien ubicado para poner y vender sus artesanías. Comenzó desde el primer momento a vender y sacar del bolso nuevos ejemplares para reemplazar los vendidos. También, participó de las actividades de rifas, obsequios y concursos con penitencias que se realizaron en el evento. Bernardo estuvo pensando todo el tiempo lo sugerido por su esposa de que las ventas del evento las usaría para volver a comprar chaquiras de varios colores al por mayor en el centro de Pereira.

En otro momento los organizadores del evento se comprometieron a llevar a cabo proyectos productivos y culturales con los indígenas en los territorios para fortalecer su arraigo. Prometieron retornar a los desplazados que vivían en barrios marginales de Cali a su lugar de origen con ayuda del Estado y brindarían apoyo a los proyectos comunitarios elaborados por ellos.

Bernardo no logró participar del evento hasta el cierre del último día. En la mañana del día viernes se levantó y se bañó para ir a la feria y a participar en los eventos programados. Antes de salir, en su pequeño bolso de viaje que no soltaba ni para dormir, empacó el cepillo para peinarse, un aceite pequeño para el cuerpo, un par de medias, los calzoncillos, cuatro camisas, un pañuelo y media bolsa de collares y chaquiras sueltas para hacer remiendos para alargar y recortar las piezas de acuerdo al gusto de los compradores. Muy adentro de su corazón sabía que debía llevar toda la maleta por si algo extraordinario pasaba.

Eran las diez de la mañana cuando sonó su celular varias veces. Estaba atendiendo a una señora que venía con una propuesta de comprarle sus collares en un almacén lujoso del centro de Cali, ella necesitaba un artesano que le vendiera barato y fuera comprometido con los productos para poder hacer los encargos con toda confianza. El celular no paraba de sonar y Bernardo contestó debido a la insistencia. Escuchó la voz de su hermano, el docente de la escuela de Kundumí. Le habló en la lengua *Ebera bedea* y pudo escuchar el llanto de las personas atrás.

Breiner, el hijo de doce años, había desaparecido desde el día anterior y la familia solamente se enteró en la mañana. La mamá pensó que el niño estaba en la casa de la abuela,

pero al ver que no pasó a ponerse el uniforme en la mañana para ir y acompañar a los demás hermanitos a la escuela. Carmen se apresuró a bajar de un brinco, a quince minutos a paso largo desde su casa. Un presentimiento de madre la obligó a dejar él bebe recién nacido durmiendo en la hamaca que se encontraba a un lado del fogón de leña para que no se le fuera el calorcito del cuerpo y a los otros niños más grandes los mando a la escuela. Se marchó sin hacer bulla, aunque llevaba un par de semanas de tener su hijo y todavía le dolían las entrañas.

La abuela paterna se encontraba preparando el desayuno para los hombres en compañía de las demás mujeres cuando Carmen llegó a preguntar por el niño. Al ver que él no había dormido allí como lo hacía a veces, todos dejaron su comida en las hojas de bijao y fueron a buscar al niño en grupo. Esa misma noche antes de la media noche, el padre regresó a su tambo y en compañía de sus hermanos y amigos de Kundumí y el Diamante lo buscaron por caminos y tambos hasta dar el amanecer.

* * *

Días después, Carmen la madre de Breiner se encontraba aburrída por la pérdida de su hijo y por poco muere ahogada tratando de cruzar por el río Tatamá junto con el bebé recién nacido. Ella fue retirada de la familia por un tiempo a decisión del Cabildo mientras se aliviaba de ese '*jai*' de loquera que le habían mandado un jaibaná a la familia por encargo de algún envidioso y estaba haciendo estragos en ellos. Carmen supo que a la casa ya no podría regresar porque no había espacio para la mujer que había intentado matar a su hijo más pequeño.

Le contó a una vecina que ella nunca quiso hacerlo, conocía el río y solo quería escapar. Aun así, nadie le creyó y la comunidad la castigó en el cepo un mes con los pies atrapados entre los pesados maderos. Quedo a merced de doña Clara quien le llevaba agua y comida por las noches cuando los guardias indígenas no la estaban vigilando, la mayora le aconsejó abandonar el Resguardo lo más pronto posible. Después de eso Carmen se fue a la casa de sus padres en la vereda Alto Humacas en el municipio de Mistrató a donde llegó con las manos vacías, cruzando la cordillera por más de media jornada.

Ese día en que Carmen se lanzó al río con el recién nacido lo hizo porque vio el alma de su hijo Breiner al otro lado del puente llamándola con la mano, la mujer congelada y despavorida se arrojó a las aguas y algunos vecinos que estaban pasando el mismo tramo, la vieron con ‘ataque de *jai*’. No se ahogaron gracias a un joven de la guardia indígena muy ágil que se tiró en clavado río abajo y logró alcanzarlos con vida. A la madre la tildaron de loca y la castigaron obligándola a abandonar el resguardo y él bebe fue devuelto al padre después de que los guardias indígenas lo llevaran al hospital de Pueblo Rico.

Bernardo debió hacerse cargo de los niños con Juliana la hija de casi catorce años a quien prohibió mirar muchachos y volver al colegio. La obligaba a asumir las labores de una madre con sus hermanitos menores. La familia tenía una casa grande de dos pisos y corredores, a Juliana le llevaba dos días dejar todo limpio y quedaba exhausta. Era de ojos negros, baja estatura, piel muy suave, cabello muy negro, senos grandes y amplias caderas. Desde que se retiró del colegio a causa de lo que les pasó a su madre y hermano, había subido de peso y ya no tenía reversa su situación. Se la pasaba yendo a todo momento a la cocina a comer por la ansiedad de tener que hacer tantos oficios, cuidar a sus hermanos, además de lo

que estaba pasando con su padre en las noches desde que su madre estaba en su ultimo embarazo.

Poco a poco Juliana se volvió la esposa de su padre. Atendía a sus órdenes, le organizaba la herramienta en las mañanas, lavaba sus pies en las tardes con agua caliente al regresar de la mina. Cuando el hombre se iba para el pueblo ella le empacaba la ropa para que se cambiara en la tienda de Itaurí, cocinaba, lavaba para él y lo miraba desnudo mientras se cambiaba en las noches. En el tambo de Bernardo todos dormían en el piso uno al lado del otro, Bernardo y Juliana compartían la misma cobija, enseguida de los demás hijos acostados en fila india de mayor a menor.

En las noches Bernardo comenzó a tocar los senos y la entrepierna de Juliana, anteriormente solo se acostaba a su lado pero las cosas cogieron velocidad. Por más que ella sentía deseos de salir corriendo se quedaba estática y no se movía y así pasaron muchas noches de manoseos por parte de Bernardo, situación que su hija Juliana no entendía pero de la que tampoco hacía repulsa. Hasta que se le hizo normal. Había escuchado el mito Embera de Karagabi donde las mujeres no se podían mover en el acto sexual porque el mundo temblaría si así fuese. Era una mujer virgen que no tenía conocimiento de estas cosas y menos de experiencias sexuales con un hombre mayor y abusador. Estaban arriba en la montaña más alta del resguardo desde donde se miraba al cerro Tatamá frente a frente, un lugar que permanecía cubierto por la neblina excepto en las mañanas y nadie vendría en su ayuda ni siquiera su madre, la abuela o sus tías. Bernardo estaba en sus cuarenta años cuando empezó a acariciar a su hija.

Juliana comenzó a planificar al escondido con ‘*veo ta*’ (pepa del aguacate) raspada y otras veces lo hacía con bebidas de ‘*Fierkerá*’ (anamú). Cuando no le llegaba el periodo y bebía de urgencia el remedio por tres días seguidos para que el periodo regresara y así solucionar el problema. Se las arreglaba para no quedar embarazada. Aquello que más temía era parir un hijo bobo, deforme o algo peor por ser descendiente de su padre y le preocupaba tener que matarlo. Alguna vez escuchó hablar a las ancianas mayores que si nace un hijo con problemas o defectos en una familia, es mejor ahogarlo en el río, o encerrarlo en un sitio lleno de humo para que no siga respirando. Esto con el fin de no complicarle la vida a la familia quien tendría que cuidar del enfermo toda la vida, poder tener hijos sanos que no necesitaran mayores cuidados y aportaran su trabajo a la comunidad.

* * *

Su padre se encontraba en Cali lejos del Resguardo, por su parte Breiner se hallaba desmotivado, le molestaban los sollozos de sus hermanos y el hecho de tener que coger leña todos los días en las mañanas. Odiaba a su profesor ese mismo que lo trato mal delante de sus compañeros diciendo que él no iba a servir para nada en la vida. Además, odiaba tener que vivir en la montaña y caminar para ir a la escuela, no tener luz constante ni un celular con Internet permanente para jugar en el.

Todo esto con el sentimiento profundo de repudiar lo que era y no querer ser más un indígena. Cuando a Breiner lo llevaban a Pereira le encantaba observar los edificios de la ciudad, disfrutaba de los carros, las personas caminando rápido, las palomas del parque Bolívar, el olor del pollo asado y las crispetas acarameladas. Todo eso para él un deleite.

Alguna vez pensó en ser grande para decidir vivir en aquella ciudad. Incluso un día se perdió a propósito de los ojos de sus padres y pensó escapar para siempre pero no tuvo el coraje. La vida de Breiner se convirtió esa semana que no estuvo su padre en un infierno, hasta el ‘usa’ o perro había dejado de seguirlo.

Breiner cumpliría trece años, era muy pequeño para morir, pero prefirió eso a tener que seguir soportando el mundo. Su padre mencionó que era un niño tranquilo que le gustaba estar concentrado en el celular. Desde que le dieron ese aparato en el mes de diciembre del año dos mil dieciséis la familia lo había perdido. Antes era un niño activo y quería ayudar en todo, jugaba con sus compañeros fútbol, trepaba con gran agilidad árboles y peñas. También se interesaba en los nombres de los árboles, no se le escapaba reconocerlos en la espesura del monte, el Roble, el Madroño, el Teca, el Guayacán o el Arboloco, eran algunos de los que mencionaba de memoria.

Por esos días el niño se encontraba en un programa institucional para comunidades indígenas y había aprendido con algunos de sus hermanitos a tejer con lanas para hacer mochilas y tenía un adelanto del fondo de una mochila en una cajita de cartón decorada donde guardaba sus cosas junto con las cosas de su hermano mayor Mario, quien por cosas del destino ya no vivía en casa. También había construido su proyecto de vida con el gestor comunitario indígena que venía dos veces por semana desde Kundumí a darles capacitaciones en diferentes conocimientos y el cual se sorprendió al ver las aspiraciones del niño. Quería ser un biólogo y aprenderse todos los nombres de animales y árboles, pero sabía que no lo iba a lograr nunca por el hecho de ser un indígena, se lo reitero al gestor varias veces.

Tenía casi trece años, pero renegaba como un viejo cansado de vivir, al parecer le gustaba leer en el celular y tenía una decepción muy profunda desde que se lo dieron como regalo pues se enteraba de todo lo que en la montaña no podía saber y fue destapando sus ojos ante otros mundos desconocidos. En el colegio se vio el avance del niño en cuanto recurría al internet para hacer las tareas y estaba con un nivel muy alto de aprendizaje a comparación de sus compañeros, además de manejar perfectamente el español. Tenía la ventaja de ser el hijo de un gobernador menor poseedor de una mina, quien tenía la solvencia económica para recargarle con datos cada que podía bajar al pueblo.

Breiner tenía un lugar especial donde acudía para perderse del mundo, del llanto y la caca de sus hermanitos. Pensaba que el perro era el único que se preocupaba por él en cuanto lo seguía a todos lados. Era un perro flaco, orejón y cazador de color blanco con manchas cafés que aunque tenía intereses de recibir alguna migaja de pan o de galleta lo quería de verdad. El niño lo trataba cariñosamente, lo ayudaba a bañarse aprovechando los fuertes aguaceros, le sacaba las garrapatas, las pulgas y le echaba jabón en el río cuando se bañaban juntos. Los días en que el perro era bañado volvía más sucio que nunca porque le gustaba revolcarse en el pantano dejado por la lluvia en las playas de arena del río para poder secarse más fácil. Una vez salía el sol, el perro quedaba con el pantano hecho polvo y Breiner lo esperaba mientras se sacudía y raspaba en las guaduas de los cercos, hasta quedar blanco de nuevo.

Para los Emberas es difícil tener señal telefónica en la montaña y hay lugares específicos para la gente acudir y comunicarse. Con Breiner empezó a ser muy difícil convivir, se volvió callado, casi no se expresaba y el celular terminó por ser un mal elemento.

A sus hermanos los despreciaba y su padre se dio cuenta de esto porque un día observó cómo el niño maltrataba a su hermana de nueve años de una forma muy inusual, más sin embargo, no le dijo nada y espero que tuviese un comportamiento similar para reprenderlo.

En el sitio especial del niño, el árbol de Chachafruto estaba florecido con diminutas flores de color naranja y las hojas gruesas que le gustaban a Breiner por sus inofensivas espinas, al lado de los árboles de guamas, zapotes y anón que había sembrado Mario su hermano años atrás y que hacían un sitio oculto con señal telefónica y vista al cerro Tatamá cuando estaba despejado. Era un espacio solo para Breiner quien se reía desde lejos cuando sus hermanos trataban de ubicarlo en los claros de monte. Era un lugar con frutas para todo el año, cuando los zapotes con gusanos de abril a junio estaban dando fruto, el anón lo estaba haciendo para julio y agosto, las guamas por su parte lo hacían en época de lluvia, las guayabas rosadas lo hacían todo el año, y varios árboles del pan hacían sombra frente a los calores picantes de la montaña. Era un lugar perfecto para un jovencito que trepaba y necesitaba su intimidad lejos de los ojos de todos.

Cuando Bernardo se fue para Cali, Breiner sintió a su papá como un enemigo. Lo odiaba por abusador. Días antes el muchacho había visto a su padre en el río mirando con mal ojo a su hermana Juliana quien tenía unos senos grandes que no pasaban desapercibidos. Él mismo los había mirado, pero nunca como los miro su padre en el río. Ese mismo día en la noche Breiner escuchó a su padre acostarse al lado de su hermana, como un primer acercamiento a lo que se venía. La madre acababa de parir y había quedado enferma y demacrada como si hubiesen pasado diez años de su vida en nueve meses. Estaba en una

habitación contigua y calurosa con él bebe debajo de un toldillo donde solo la podía ver el que le llevara comida.

La situación en la casa se pondría insoportable una vez su padre se hiciera el marido de su hermana y su madre tuviese que aceptarlo, el joven no entendía cómo dormirían las dos mujeres con su padre y como se iban a llevar las cosas de ahora en adelante. Lo difícil al parecer del pensamiento del muchacho sería seguir viviendo con las dos mujeres de su padre. Mario el hermano mayor no estaba en casa para detener esta situación y Breiner estaba seguro de que él por ningún motivo hubiese permitido ese abuso del padre con su hermana.

Todo pasó después de que Bernardo se hiciera Gobernador y encontrara una mina por los lados del río, el hombre cambió mucho por el poder del oro y los niños como Breiner aprendieron los desprecios continuos que él padre borracho le hacia a su madre y los abusos a su hermana, todo eso afectó su comprensión del mundo y provocó una rabia interna incontrolable, además comenzó a repetir los maltratos escuchados de la boca de su padre, con sus hermanos más pequeños y compañeritos de la escuela.

Un año atrás la familia había padecido la pérdida de Mario el hijo mayor y Breiner aún tenía el dolor enterito por la ausencia de su hermano con quien compartía juegos y hasta la estera para dormir. Dos hermanos inseparables que sembraban, cazaban, pescaban y se bañaban juntos. Dos meses después de la desaparición de Mario, la madre se pondría en cinta y todos esperarían un nuevo integrante que pudiese llenar el vacío dejado por el hermano mayor. Breiner odiaba el silencio de su familia ante las cosas que les sucedían. Su madre enmudecida, casi una esclava de su padre y sus hermanos tan inocentes del mundo, hasta la

misma Juliana a pesar de ser mayor que él era un poco lenta para comprender las problemáticas que afrontaba la familia.

A Mario se lo llevaron un día al amanecer cuando una escuadra de la guerrilla tocó a la puerta del tambo llamándolo por su nombre y apellido. Ahí mismo delante de su familia le entregaron el uniforme, las botas pantaneras, un bolso y un fusil sin munición para que se fuera acostumbrando al peso en su hombro. Raúl un primo suyo que estaba en las filas, fue quien le vio el perfil pues Mario tenía buena puntería para cazar desde niño y era berraco para la pelea cuando se emborrachaba. Además, según su abuela se sabía que al nacer su padre y su madre lo bañaron con sangre de Tapir y le untaron sus aceites con ceniza en el ombligo para que cogiera fuerza sobrenatural y agilidad en la selva.

Era un hombre que sabía manejar machete, nadar, cazar con bodoquera y veneno de rana al primer intento, reconocer las marcas de animales y humanos en el monte, aserrar con motosierra. También sabía el español y el *'Ebera pedea'*, había sacado título de bachiller y aún no tenía esposa ni hijos. Esto no era por descuido sino porque la mujer que amaba se fue a la ciudad y en ese momento no tenía apegos amorosos ni mucho descendencia. Este hecho haría más fácil su adaptación a las filas, además su primo Raúl era un veterano y su estadía se haría más soportable.

No se volvió a saber nada de Mario desde la noche que vinieron por él. A Bernardo no se lo llevó la guerrilla por el hecho de tener tanto hijo para criar, pero el primogénito de piernas fuertes apto para caminar el monte no tuvo la misma suerte. El gobernador descansó

al saber que la guerrilla no venía por aquello de la mina que tenía en secreto con su mujer porque si ese fuese el caso, la familia hubiese corrido otra suerte.

Breiner guardaba la esperanza de volver a escuchar la voz de su hermano. Algunas veces le llegaban comentarios de campamentos cerca de su vereda y se perdía en el monte al amanecer a fin de silbar duro como un pájaro, con la esperanza de obtener una respuesta de su hermano.

Pasado un año desde la ida del hermano mayor, Breiner se encontraba en ese sitio especial donde compartieron juntos tantas veces y que Mario le había puesto tanto empeño cuando lo dejó su enamorada para no sentirse tan solo, allí se concentró por semanas, pudo con machete los árboles y sembró. Breiner recordaría y gritaría al Tatamá su desesperanza por la vida con el corazón roto, por la partida de su hermano, el abuso de su padre y el silencio de su hermana y su madre. El día anterior a la tragedia, tuvo de nuevo un altercado en la escuela con su profesor y con sus compañeros.

Había encontrado en Internet una nueva forma de protestar y de mostrar su inconformidad. En algunas páginas web observó por casualidad los juegos de retos a nivel mundial para terminar con la vida de manera fácil, juegos como Charly-Charly y la Ballena Azul eran guías para tomar una decisión con su vida, divertirse o quizás morir. Por ahora solo debía seguir algunos pasos, entre los que estaban cortarse la piel en cruz con un cuchillo, maltratar un animal, lacerarse con un alambre o astilla de madera, salir a media noche desnudo, enterrarse agujas en los dedos, todos efectos recaídos en el cuerpo para sentirlo o provocar su dolor.

Los brazos de Breiner estaban llenos de rayas hechas con un alambre, algunas sin sanar por la rasquiña que le causaban en la noche y no le quedaba de otra que rascarse duró hasta sangrar, lo cierto es que cuando lo hacía y veía salir la sangre de su brazo sentía cierto alivio. Venía sintiendo ansiedad y llevaba meses sin ser acompañante de caza, como lo hacía anteriormente con su hermano Mario. Su padre no dedicaba mucho tiempo a la caza y para él era mejor ir a las tiendas de Itaurí a conseguir el pescado salado y el salchichón. No se le hacía necesario ir a cazar tan de seguido como lo hacían antes de tener la mina. El padre de Breiner decía que los animales de buena carne como la danta eran duros de conseguir por esos tiempos. Se fueron muy adentro de la montaña de huida del indio y hay que invertir mucho esfuerzo para cazarlos.

En la minería a los indígenas les va muy bien y el gobernador tenía algunas entradas semanales por la venta del oro de aluvión que tenía en uno de sus terrenos, pero nadie sabía exactamente el lugar excepto su 'kima' (esposa). En un barranco del río cerca de su tambo Bernardo un día a la madrugada cuando salió a cortar guadua pudo ver el cuarzo que se incrustaba en todo el barranco del río con varias raíces develado por la creciente del río noches antes la cual arrastró palos, basura vegetal y pantano dejando a flor de piel la veta de cuarzo que conduciría al oro.

Ese hallazgo en cuentas de Bernardo le alcanzaría para tener varias mujeres, criar sus hijos, tener comida en abundancia, comprar tierras, mototaxis, carro y marranos. El gobernador descuidó a su familia de manera drástica por sus largas jornadas en la mina, sus borracheras y la falta de orden.

En compañía de su esposa estuvieron saliendo por mucho tiempo a minear. Durante el día sacaban tierra en baldes de lo profundo del pozo y por la noche la lavaban en unas tablas anchas y en bateas con la intención de que al ensuciarse el río con la tierra removida, los vecinos río abajo no se dieran cuenta de la actividad de barequeo, no tanto por consideración o por evitar ensuciar el agua de consumo de los vecinos aledaños, sino para evitar levantar la envidia y fiebre del oro que tanto daño le hace a las comunidades.

Al lado del socavón horizontal que se fue haciendo cada vez más profundo marcaron con golpe de machete una cruz en una peña con la intención de dejar una seña para que no se les perdiera el sitio con una creciente del río. Por meses el socavón estuvo tapado con pasto colgante y algunas lianas silvestres comunes del meandro del río que permitían ocultar el orificio.

Después del hallazgo de la mina ni a Breiner ni a sus hermanos les faltaba nada material. Tenían bicicleta compartida para todos la cual solo podían usar en la cancha de la escuela por lo montañoso de la comunidad. Breiner tenía celular personal, una ‘bodoquera’ o cerbatana profesional traída del Chocó y un libro de biología con nombres de animales y árboles de todo el mundo.

Se pasó toda la tarde pensando en las cosas que dejaría atrás, extrañaría a su perro, tal vez si él estuviese a su lado no estaría pensando mal. Mientras estaba en su lugar secreto, pensó de nuevo en su agonía, en su desesperanza, en su tristeza. Desde que Mario partió nunca pudo recuperarse de un vacío en el corazón, nada lo ponía contento. Y en un último desprecio enmarañado en su delirio de soledad e insignificancia miro al Tatamá, unió dos

telas en las que cargaban a sus hermanitos a la espalda, les hizo un nudo y las amarró bien fuerte de un árbol. No tenía que pensar mucho para hacerlo, algo muy adentro le hablaba sobre la claridad de lo que deseaba hacer. Por última vez miraría el cerro Tatamá en un atardecer violeta y naranja que parecía un espejismo con rayitas de colores como las del arco iris.

Escuchó a lo lejos que sus hermanos lo llamaban para jugar y como por maldad, se columpió por varios segundos con la tela o *paruma* envuelta en su cuello. Alcanzó a arrepentirse de morir al escuchar que lo seguían llamando mientras el perro ladraba. Intentó zafarse y quitarse la tela, poner sus manos en el borde, intentó gritar y que el perro lo sintiera. Tal vez tuvo la esperanza de que lo encontrarán vivo, pero la suspensión del cuerpo causó la anoxia que poco a poco lo dejó sin respiración. Observó los últimos estertores del atardecer cuando el sol pudo esconderse detrás del Tatamá, y entendió que su vida se desvanecía en la oscuridad de la montaña, sintió frío, recordó entre luces a sus hermanos y gritó alucinado sin ser escuchado.

CAPÍTULO 8. WAWAMIA CONTINÚA EN LOS TERRITORIOS

El Resguardo Unificado Embera Chamí del Rio San Juan y el Resguardo Embera Katío Gitó Dokabú del municipio de Pueblo Rico Risaralda surgieron como resultado del desplazamiento sistemático sufrido en sus tierras ancestrales en el Chocó y de los consecuentes conflictos interétnicos por la explotación del oro que hasta la fecha se mantienen. Su origen como pueblo aun no es claro y requiere mayor precisión y dialogo con los mayores y las mayores teniendo en cuenta que existen varias versiones en el Plan de Vida Gitó Dokabú acerca de su conformación como pueblo en el departamento de Risaralda y una presencia de más de dos siglos en el corregimiento de Santa Cecilia.

De acuerdo a organizaciones indígenas como OREWA (2013) entre los años 1985-2012 fueron expulsados de sus territorios un total de treinta y seis mil ciento noventa y nueve (36199) Emberas, casi un 30% de una población de los ciento ochenta mil cuatrocientos cinco (181405). El pueblo Embera se ha distribuido en 124 municipios en 17 departamentos del país (Díaz, 2020). El territorio Embera del Alto y Bajo rio San Juan ha sido una región estratégica militarmente por ser una de las rutas de acceso al Pacífico desde el eje cafetero facilitando el acceso, transito y ocupación de grupos armados desde los años ochenta (Díaz Santamaría, J. M. 2020. Pag 34).

'Kiraupeda ichidu biuchi' enojarse y matarse solo, se viene manifestando de manera repetitiva en los últimos ocho años en ambos resguardos. Para el año 2020 debido a la epidemia del coronavirus COVID-19 disminuyo esta causa de muerte. Pero en el año 2021 comenzó de nuevo la oleada de suicidios. Por lo general son personas jóvenes quienes más

incurren en este hecho, seguido de niños y adultos de cualquier sexo. Desde los resguardos se ha tratado de gestionar recursos para hacer intervenciones en las comunidades. Incluso para el año 2021 el Gobernador de Risaralda Víctor Manuel Tamayo ingreso al territorio indígena en el mes de septiembre y se le hizo entrega de un proyecto de mi autoría dirigido a la comunidad docente y relacionado con la prevención y el fortalecimiento comunitario frente a la muerte a mano propia en los dos resguardos indígenas.

La Secretaría de Salud del departamento de Risaralda tomó el proyecto como un regalo para construir propuestas de políticas desde sus mesas de trabajo, pasando por encima de los derechos de autor. Aun así, seguimos insistiendo porque aun estaba en la agenda la cita con el Secretario de Salud del departamento Rodolfo Burgos encargado de dar una respuesta favorable para el inicio del proyecto.

Para ese año 2021 Martin Siagama antropólogo por la Universidad Claretiana y hoy pre candidato a la alcaldía del municipio de Pueblo Rico trabajaba como enlace entre la gobernación y la alcaldía de Pueblo Rico. Desde allí comenzamos la tarea de gestionar y solicitar a la Secretaría de Salud de la gobernación para que dicho proyecto se ejecutara desde los Resguardos. Pero el secretario incumplía las citas, aun teniendo en cuenta que el gobernador Víctor Manuel se había comprometido en dar inicio a la propuesta con un radicado de recibido en su visita a los territorios.

En agosto del 2022 casi un año después, fuimos contactados por la Secretaría de la Mujer, Familia y Desarrollo Social de la Gobernación de Risaralda. En esa ocasión conversamos con la funcionaria Fabiana Betancourt Zúñiga y la abogada de las mujeres. Las

dos funcionarias sugirieron hacer cambios en el proyecto para ser acomodado por un monto menor de dinero. Debería ser un diagnóstico para todos los municipios con población indígena de Risaralda basado en la propuesta presentada anteriormente. Mencionaron que era necesario agilizar las hojas de vida y el talento humano de las comunidades para darle pronto inicio, además el proyecto debería comenzar ese mismo mes según la señora Fabiana.

A la semana siguiente nos contactaron por medio de una reunión extemporánea con el enlace Martín Siagama a quien aseguraron que dicho presupuesto acordado para el proyecto días atrás no se podía entregar por falta de recursos. Recibí la llamada de mi colega quien con gran decepción manifestó su abandono del proyecto. Por mi parte le mencioné que seguiría gestionando junto con el líder Adolfo Queragama desde el Resguardo Gitó Dokabú.

En el mes de febrero del año 2023 en vísperas de campañas políticas para elecciones territoriales, un médico pre candidato a la gobernación de Risaralda con la consigna de compromiso con la salud del departamento invitó a una reunión política en la ciudad de Pereira a las autoridades del cabildo del resguardo Gitó Dokabú Embera Katio. El cabildo solicitó mi asistencia junto con el Mayor Gobernador Tradicional Luis Campaña y el Secretario General Adolfo Queragama. Una vez entrados en la conversación pude mencionar la suerte del proyecto y la problemática del suicidio que continúa desbordada en las comunidades. Este pre candidato fue muy diligente al hacer una llamada telefónica en la que acordó una cita entre el cabildo y el Señor Rodolfo Burgos secretario de Salud de Risaralda a quien comprometió delante de los presentes con la hora y lugar de encuentro.

Pasados los días, a la Secretaría de Salud de Risaralda fuimos en comisión el Secretario General del cabildo Adolfo Queragama, una mujer lideresa de la vereda Paparido y yo como antropóloga. Allá le contamos por fin cara a cara al Secretario de Salud todo el proceso por el que había pasado la propuesta desde el año 2021 y la necesidad inminente de ejecutar el proyecto dentro de los territorios.

En marzo se acordó en una cita con la gerente del hospital San Rafael de Pueblo Rico la odontóloga Luz Elena Vásquez el convenio para la ejecución del proyecto en los dos resguardos, esta vez presentando una nueva propuesta de investigación.

Dentro del marco de dicho proyecto de enfoque etnográfico comunitario se propuso la aplicación de modelos de sistemas ecológicos indigenistas para lograr una caracterización comunitaria sobre la muerte a mano propia desde las epistemologías locales. Con el objetivo de identificar las perspectivas y cosmovisiones propias de los Emberas Katio y Chamí del municipio de Pueblo Rico Risaralda sobre la autolisis que sirvan de insumo para la construcción de las Políticas Públicas de salud para el departamento.

Se sugirió implementar modelos indigenistas de sistemas ecológicos relacionados con valores compartidos de conexión intergeneracional, familiar, comunitario, ambiental y espiritual. Uno de estos es el modelo histórico o también llamado cronosistema donde se privilegian los contextos históricos en el desarrollo de los pueblos indígenas en el pasado, el presente y el futuro. Lo más destacado de este modelo es el compromiso intergeneracional ya que alienta a las comunidades a reparar, construir y fortalecer las relaciones entre ancianos

poseedores de conocimientos tradicionales y las nuevas generaciones, imperativos para restaurar la salud mental de los jóvenes y las comunidades (O’Keefe, V. M., Fish, 2022).

A mediados de abril de 2023 el puesto de salud de Santa Cecilia y el hospital de Pueblo Rico junto con la Secretaría de Salud de Risaralda comenzaron a ser rechazados por los Resguardos Indígenas y los Consejos Comunitarios de Comunidades Negras teniendo en cuenta que no se ha dado una buena atención a las poblaciones étnicas. Sumado a esto, la muerte en días anteriores de un niño de la comunidad indígena Kemberde y de dos niños pertenecientes al Consejo Comunitario Piedras Bachichi intensificaron las manifestaciones y protestas en el corregimiento de Santa Cecilia. Para el día 14 de abril de 2023 hubo una movilización hasta las instalaciones del Centro de Salud con el difunto y féretro incluido. Se proclamó y manifestó un nuevo rechazo a la administración y mal servicio del hospital.

Para el día 29 de abril de 2023, el Resguardo Gitó Dokabú convocó a una reunión con todos los entes territoriales relacionados con el tema de la salud en el municipio y el departamento de Risaralda. En el año 2022 los indígenas Embera de Pueblo Rico y el Consejo Comunitario de Santa Cecilia lograron llegar a acuerdos con el hospital por las mismas desatenciones, pero se agudizó la discriminación después de las protestas. Este año ellos recuerdan los compromisos del año anterior. En la mesa estará como uno de los temas a discutir la muerte a mano propia y el incumplimiento de la Secretaría de Salud de Risaralda con respecto a la ejecución de los proyectos propuestos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Almario, O. (1997). *Antropología en la modernidad*. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, (24), 394-396.
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/16637>

Ávila, S.A. (1998) *La loquera. El parpadeante velo de la naturaleza chamí. La huella de los espíritus*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sin publicar)

Ávila, S. A. (2014). 4. *El Benekuá: La Curación De La Loquera Entre Los Indígenas Embera Chami De Colombia*¹. *Locuras, culturas e historia*, 18, 89.

Castrillón, C. H (2010). *Mitos y tradiciones chamis, visión del Mundo de los indígenas Chamí*.

Castro, E. V. D. (2010). *Metafísicas caníbales: líneas de antropología postestructural*. Katz Editores.

Londoño Fernández, M. E. (2000). *La música en la comunidad indígena Emberá-Chamí de Cristianía*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquía.

Losoncy, A. M. (1990). *Lo onírico en el chamanismo Embera del Alto Chocó*. *Antropología y experiencias del sueño*, 93-115.

O’Keefe, V. M., Fish, J., Maudrie, T. L., Hunter, A. M., Tai Rakena, H. G., Ullrich, J. S., Clifford, C., Crawford, A., Brockie, T., Walls, M., Haroz, E. E., Cwik, M., Whitesell, N. R., & Barlow, A. (2022). *Centering Indigenous Knowledges and Worldviews: Applying the*

Indigenist Ecological Systems Model to Youth Mental Health and Wellness Research and Programs. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(10).

Pardo, M. (2020). *Permanencia, intercambios y chamanismo entre los embera del Chocó, Colombia*. Editorial Universidad del Cauca.

Roelens, T., & Bolaños, T. (1997). *La revolcadera de los jais. Antropología en la Modernidad*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 321-361.

Sepúlveda López de Mesa, R. I. (2008). *Vivir las ideas, idear la vida: Adversidad, suicidio y flexibilidad en el ethos de los emberá y wounaan de Riosucio, Chocó*. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (6), 245-270.

Valencia, M. M. A., & Restrepo, A. D. L. (2014). *Potes de la enfermedad entre los embera: patogenia y cura*. Editorial Universidad de Antioquia.

Valencia Rico, S. A. (2020) *Muerte por mano propia en el pueblo Ikũ de Yo'sagaka*.

Vasco Uribe, L. G. (1985). *Jaibanás: los verdaderos hombres*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.